

El misterio del mayordomo

Norma Huidobro

Ilustraciones de Melina Canale



Lectulandia

Tomás —inquieto, curioso y metido en todo— va a pasar unos días a una antigua casona, en la que lo espera un enigma: ¿dónde está el antiguo mayordomo?

El lo vio sólo una vez, pero lo recuerda muy bien: no es el mismo de ahora.

Entonces, ¿por qué el ama de llaves y la cocinera quieren hacerle creer lo contrario? Con la llegada de Camila, Tomás encontrará una compañera para sus investigaciones. ¿Qué harán para resolver el misterio?

Lectulandia

Norma Huidobro

El misterio del mayordomo

ePub r1.0

Ariblack 30.05.14

Título original: *El misterio del mayordomo*

Norma Huidobro, 2005

Ilustraciones: Melina Canale

Diseño de cubierta: Melina Canale

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.1

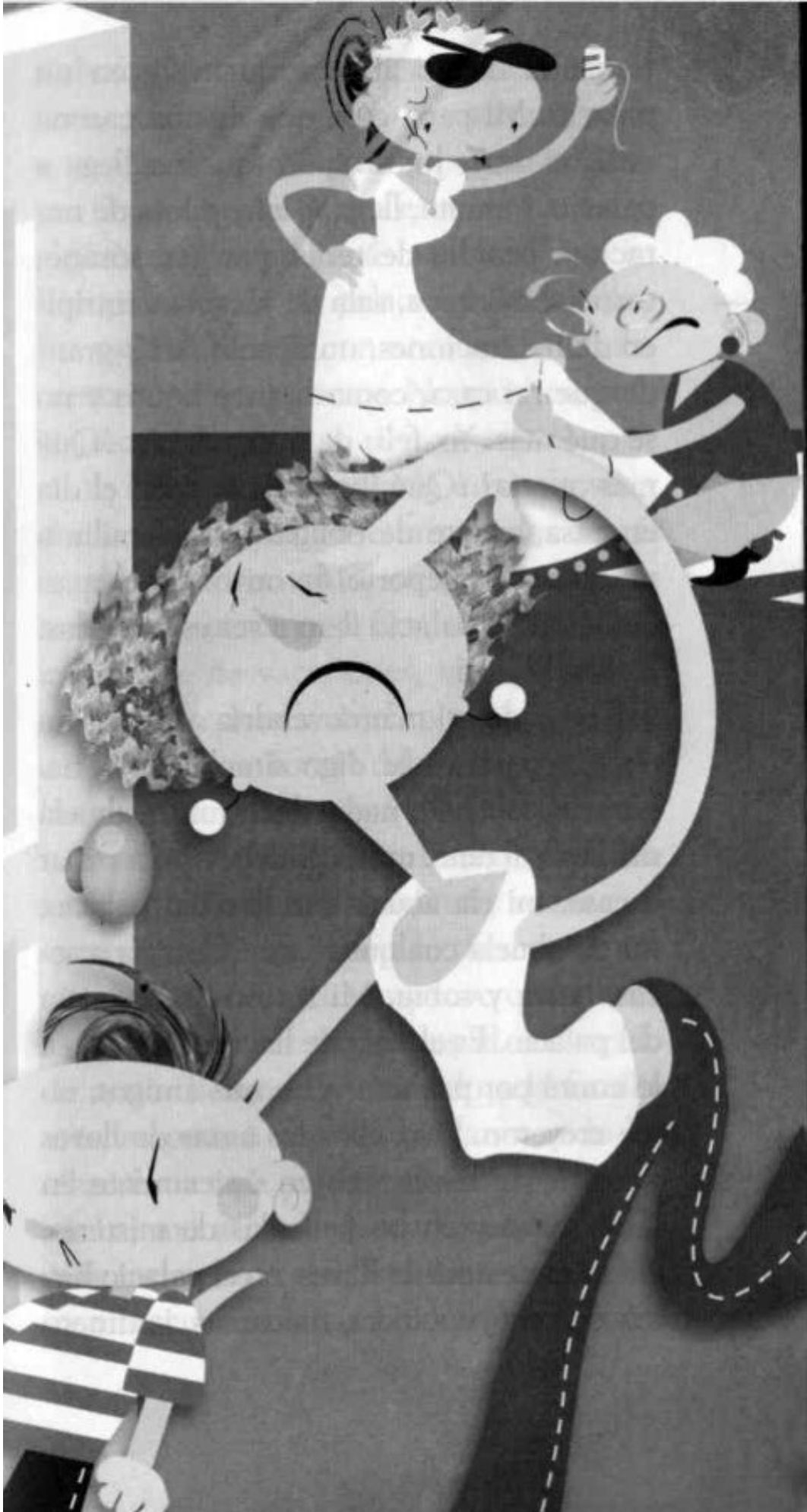
más libros en lectulandia.com

*A Fernanda, Martín, Mariana,
Elisa y Victoria*

Saquemos a Tomás del medio

El deporte favorito de mi familia es *saquemos a Tomás del medio*. Tomás soy yo. Mi familia son papá, mamá, dos hermanas mayores, mi abuela y mi tía. A mis hermanas nadie las saca del medio porque, además de mayores, son tranquilas, estudiosas, trabajadoras, educadas, súper inteligentes, ordenadas y respetuosas. Vivimos en Lanús, en una casa grande, dividida en dos partes por un patio y un jardín. En la parte de adelante, que es la más chica, viven mi abuela y mi tía. Mi abuela es la madre de mi mamá y de mi tía. Y en la de atrás vivimos mi mamá, mi papá, mis hermanas y yo, que vendría a ser la pelota en este deporte tan particular. Siempre soy el que molesta; ésa es mi función. Es más, si no molesto, me siento mal; me da un miedo terrible parecerme a mis hermanas, tan juiciosas, las pobres. Pero ellas ya no tienen remedio: nacieron así. Debo reconocer que mi tía y mi abuela no son tan buenas jugadoras como el resto de la familia, pero se defienden bastante bien. A veces, los dos equipos —el de atrás y el de adelante— se ponen de acuerdo y juegan algún campeonato. Esto pasa en ocasiones muy especiales, como la que se presentaba ahora: el casamiento de mi tía y la gran fiesta que le iban a hacer en casa, es decir, en las dos partes de la casa y en el patio y el jardín que están entre las dos.

Una vez que terminaron las clases (mi mamá es maestra y mi tía también), decidieron empezar con la organización de la fiesta. El primer paso fue ponerse las camisetas y largar con el campeonato. Y lo que eso quiere decir es que directamente me sacaban de casa y me mandaban diez días de vacaciones con una tía de mi mamá, hermana de mi abuela, que vive en un palacio. Mi papá dice que es una casona antigua, muy lujosa, pero que no llega a palacio. Para mí, llega. Tiene pileta de natación, cancha de tenis, parque, sótano, torres, biblioteca, sala de juegos, veintipico de habitaciones, una cocina más grande que mi casa, como quince baños y no sé qué más. Yo, feliz de ir al palacio. ¿Qué más quería? ¿Qué iba a hacer todo el día en casa, aparte de obligar a mi familia a practicar su deporte favorito? Las vacaciones en el palacio iban a ser estupendas. Estaba seguro.



La tía de mi mamá vendría a ser mi tía abuela, pero yo le digo simplemente tía. Nunca escuché a nadie decir mi tía abuela me llevó al cine, mi tía abuela vino a cenar a casa, mi tía abuela me llevó al palacio, mi tía abuela cualquier cosa. Con tía a secas, basta y sobra. Mi tía no es la dueña del palacio. Es el ama de llaves. Cuando se lo conté por primera vez a mis amigos, no me creyeron. Para ellos las amas de llaves y los mayordomos existen únicamente en las novelas y en las películas de misterio. Además de ama de llaves, en el palacio hay mayordomo, cocinera, mucamas, jardinero y chofer. Y todo para mí, al palacio me relie ro, porque los dueños, que son un señor y una señora, se fueron a pasear a Europa. Seguramente deben estar viviendo en algún castillo; mi papá me contó que en Europa, además de palacios hay castillos, lisa es la diferencia con nosotros, que solamente tenemos palacios. No muchos, pero algunos tenemos.

Yo había visto el palacio una sola vez y desde afuera. La tía Herminia y los demás empleados viven ahí y se van cuando les tocan las vacaciones. Cuando la tía Herminia sale de vacaciones, viene a vivir a mi casa y se anota en el torneo de verano de saquemos a Tomás del medio; eso sí, es la que peor juega; papá dice que me tiene demasiada paciencia. Bueno, yo había visto el palacio una sola vez y eso fue el verano pasado, cuando a la tía se le terminó su mes de vacaciones y tuvo que volver. Mi papá, por ser taxista, es el encargado de andar llevando y trayendo a la familia a todas partes. Esa vez habían venido los albañiles a casa para terminar la piecita de arriba, me acuerdo bien. Yo estaba de lo más entretenido ayudándolos a preparar la mezcla, cuando la tía Herminia empezó a despedirse de todos. Y mientras mi papá llevaba su valija al auto, mi mamá aprovechó y me metió a mí en el asiento de atrás. Gol de mi mamá.

Era la primera vez en mi vida que veía un palacio; de la realidad, quiero decir, porque en la televisión vi muchos. Este queda en Brandsen, que es bastante lejos de Lanús. Es casi campo y no hay ninguna casa por alrededor. Mi tía dice que una parte del viaje se puede hacer en tren, pero después hay que seguir en taxi o remís porque no hay ningún colectivo que llegue al palacio. Eso no me extraña, porque un palacio y un colectivo no son cosas que combinen muy bien. Queda mejor llegar en taxi. Cuando estacionamos delante del portón de rejas de la entrada, apareció el mayordomo; para mí que nos estaba esperando. Lo reconocí enseguida porque tenía una camisa rayada y un chaleco negro, que es el uniforme de los mayordomos. También tenía barba y anteojos oscuros, y eso me pareció un poco raro. No sé, no me imaginaba a un mayordomo con barba y anteojos de sol. Se acercó al auto, nos saludó y agarró la valija de mi tía. Cuando terminamos con los besos de la despedida, nos hizo una reverencia a mi papá y a mí, como si fuéramos reyes y se fue con mi tía al palacio. Me hubiera gustado que me hicieran pasar para conocer todo, pero mi papá me explicó que una cosa es ser parientes del ama de llaves y otra, muy distinta, ser

parientes de los dueños. No sé para qué me lo explicó si lo tengo reclaro. Yo lo único que quería era conocer el palacio y no que los dueños me adoptaran como pariente. Bueno, esa vez no pudo ser, pero ahora sí. Y cuando mi mamá me dijo que iba a pasar unos días de vacaciones con la tía Herminia, no me importó nada que me mandaran solamente para sacarme del medio. Iba a conocer el palacio y punto.

Se aconseja desconfiar del mayordomo

Yo me fijo muy bien en la cara de la gente. Soy muy observador. Y cuando el mayordomo se acercó al taxi de mi papá para llevar mi bolso, enseguida me di cuenta de que no era el mismo del verano pasado. El otro era más viejo, medio gordito, no muy alto y con pelo, barba y bigotes blancos. Este era alto y flaco y parecía bastante más joven, aunque era un poco pelado. A mí ni siquiera me saludó. A mi papá le gruñó; él dice que le dijo buenas tardes, pero yo no estoy tan seguro. Ya le estaba por preguntar qué había pasado con el otro mayordomo, cuando apareció mi tía y me interrumpió.

—Bienvenido, Tomás —dijo, bien fuerte y me dio un beso con ruido—. Te estábamos esperando. La cocinera preparó pastelitos.

Por los pastelitos me olvidé del mayordomo. Cada vez que mi tía llega a casa para pasar sus vacaciones, trae un paquete enorme de pastelitos fritos de dulce de membrillo que manda la cocinera. Casi todos los como yo. Me despedí de mi papá —que me hizo prometerle veinte veces que me iba a portar bien, que iba a obedecer en todo a la tía y que no me iba a meter donde nadie me llamaba— y fui al palacio con mi tía, pensando en los pastelitos.

La cocinera tiene un nombre rarísimo: se llama Eulalia. Es la única Eulalia en el mundo que conozco. Y debe ser la única que prepara unos pastelitos tan ricos. Eulalia me estaba esperando en la cocina, con la fuente de pastelitos de dulce de membrillo en el centro de la mesa. Mi tía me dijo que después de tomar la leche subiera a mi habitación y acomodara mis cosas. Eso de subir a mi habitación me gustó. Sonaba importante. Tomé un vaso grande de leche fría con cacao, pero no me dejaron comer todos los pastelitos que quise. Después del sexto me dijeron que no comiera más porque eran indigestos y que mejor los dejara para el desayuno del día siguiente. Protesté un poco, pero sacaron la fuente de la mesa y la guardaron en un armario con puertas de vidrio. Quedaban catorce pastelitos. Los conté bien.

Mi habitación me gustó; estaba arriba de la cocina, en el «ala de servicio», como me explicó mi tía, o sea la parte del palacio que le corresponde al personal doméstico. Yo había pensado que me iban a mandar a una de las habitaciones principales del palacio, ésas que tienen una cama con techo y cortinas alrededor y alfombras con flores y escritorios con cajoncitos secretos, y que a la mañana iba a entrar la mucama

trayendo el desayuno en una bandeja enorme tapada con una especie de cacerola redonda de plata, pero no, nada de eso. Igual, no me quejo porque la habitación está rebuena; tiene una ventana desde donde se ve una parte del jardín —o parque, porque es enorme— y también, la casa del jardinero, que es el único del personal del palacio que no vive en el ala de servicio. Al lado de la casa está el galpón de las herramientas; me parece que el jardinero también es mecánico, porque cuando no está con las plantas, está en el galpón arreglando alguna máquina. En el ala de servicio hay seis habitaciones: la de mi tía, la de la cocinera, la del mayordomo, la del chofer y las de las dos mucamas, que ahora estaban de vacaciones, igual que el chofer. Cada habitación tiene su baño. El ala de servicio vendría a ser como un hotel: un pasillo largo con las puertas de las habitaciones y un felpudo delante de cada puerta. A mí me dieron la habitación de una de las mucamas; la primera, subiendo por la escalera de la cocina. Al fondo del pasillo había otra escalera, que daba al jardín.

A las nueve de la noche cenamos todos en la cocina. Tomamos sopa de verduras, que la cocinera sirvió de una sopera que puso en el centro de la mesa. El asunto de la sopera me gustó. No es lo mismo servir la sopa directamente de la cacerola y llevar el plato servido a la mesa, que usar una sopera. Es otra cosa. Le tengo que decir a mi mamá que compre una. Estábamos tomando la sopa y de golpe me acordé del mayordomo del verano pasado. Cada uno estaba concentrado en su plato, así que podía preguntar sin que me interrumpieran.

—¿Qué pasó con el otro mayordomo?

Mi tía, la cocinera, el mayordomo nuevo y el jardinero me miraron, todos al mismo tiempo, como si yo hubiera dicho algún disparate.

—¿Qué mayordomo? —preguntó el mayordomo.

—El otro —dije yo—. El viejito de pelo blanco y barba y anteojos... El que estaba el verano pasado.

—El verano pasado estaba Manuel, igual que ahora —dijo mi tía, todavía con la cuchara a medio camino entre el plato y la boca.

—No, el verano pasado había otro —insistí—. Cuando te trajimos con papá en el taxi, ¿te acordás? Era un viejito con todo el pelo blanco y...

—No, no —me interrumpió la cocinera—. Estás confundido. Ya te dijo tu tía que el único mayordomo es Manuel —y empezó a levantar los platos.

Yo iba a decir que para nada estaba confundido y que me acordaba perfectamente del viejito, cuando mi tía me puso delante de la nariz una tarta de jamón y queso recién sacada del horno.

—Tomás es nuestro invitado de honor y va a recibir la primera porción —dijo mi tía.

De golpe me di cuenta de que el mayordomo me estaba mirando. Yo también lo miré, pero él dio vuelta la cabeza y se puso a comer un pedazo de pan. Habló muy

poco el resto de la noche y se fue a dormir antes que los demás.

Riquísima la tarta. De postre había helado. Me hubiera gustado llevarme un pastelito a la cama para comer mientras leía, pero no me animé a sacarlo del armario. Seguro que mi tía y Eulalia iban a protestar. Lo que pasa es que yo leo hasta tarde y me da hambre. De todos modos, esa noche, no sé si por la emoción de haber llegado al palacio o qué, me dormí más temprano que de costumbre.

Catorce pastelitos

Eran catorce. Yo los conté. Y ahora había diez. Cuando bajé a desayunar, la fuente seguía dentro del armario con puertas de vidrio. Eulalia me sirvió el café con leche y mi tía sacó la fuente y la puso en la mesa.

—Se ve que a ustedes no les gustan los pastelitos tanto como a mí —dije, mirando la fuente—. Comieron muy pocos.

—No comimos ninguno —dijo la cocinera—. Son todos para vos. Eso sí, te tienen que durar hasta mañana.

—Sí, comieron —dije yo—. Ayer había catorce. Faltan cuatro.

—Pero nosotros no... —empezó Eulalia.

—Seguramente se los llevó Alfredo —la interrumpió mi tía.

Alfredo es el jardinero. Y lo que menos tiene Alfredo es cara de comerse cuatro pastelitos. Yo diría que ni uno. Y no sólo por la cara, sino porque anoche ni siquiera probó el helado. Se ve que goloso no es. Pero no dije nada y me dediqué a desayunar. Ya tendría tiempo de hablar con Alfredo.

De los diez pastelitos, me dejaron comer cinco. Los otros cinco los pusieron en una fuente más chica, que también fue a parar al armario de puertas de vidrio. Eulalia y mi tía juraron que nadie los iba a tocar y que me los podría comer a la hora de la merienda. Ya estaba por salir al jardín, cuando entró Manuel el mayordomo y vi que miraba el armario de reajo. Ahí me di cuenta de todo. Era él quien se había comido los cuatro que faltaban. Me quedé un poquito más en la cocina, a ver qué hacía, y para disimular, me agaché y empecé a atarme los cordones de las zapatillas. Mientras tanto, no le saqué los ojos de encima; seguro que no se dio cuenta, porque disimulé muy bien. Pero no hizo nada raro; se sentó a leer el diario y Eulalia le sirvió un café. Yo me fui al jardín; si Manuel se comía los pastelitos, ya me iba a enterar. Eso sí, que no me vinieran después con el cuento de que había sido Alfredo.



Esa primera mañana en el palacio me aburrí un poco. Anduve dando vueltas por el jardín, hasta que lo vi a Alfredo cortando el pasto y me fui a charlar con él. Le pregunté si le gustaban los pastelitos de dulce de membrillo.

—Prefiero los de dulce de batata —me dijo—. El dulce de membrillo no me gusta.

Eso terminó de confirmar mis sospechas sobre el mayordomo. Ya estaba todo claro, así que no toqué más el tema. Alfredo terminó de cortar el pasto y fue hacia el galpón para guardar la podadora. Yo lo seguí; la puerta estaba abierta y se veía que adentro había muchas cosas: una mesa de carpintero repleta de herramientas, motores, macetas apiladas, mangueras, un baúl enorme, qué sé yo, de todo. Me moría de ganas por entrar y empezar a revolver, así que me acerqué a la mesa de carpintero.

—¿Qué hacés ahí? —dijo Alfredo, de golpe. Se ve que no se había dado cuenta de que yo lo seguía, porque parecía sorprendido.

—Quiero ver las herramientas —dije.

—No, no, no. Este no es un lugar para chicos. Hay muchas cosas peligrosas y te podés lastimar.

Y sin decir más, me puso las manos sobre los hombros y casi me empujó hasta la puerta.

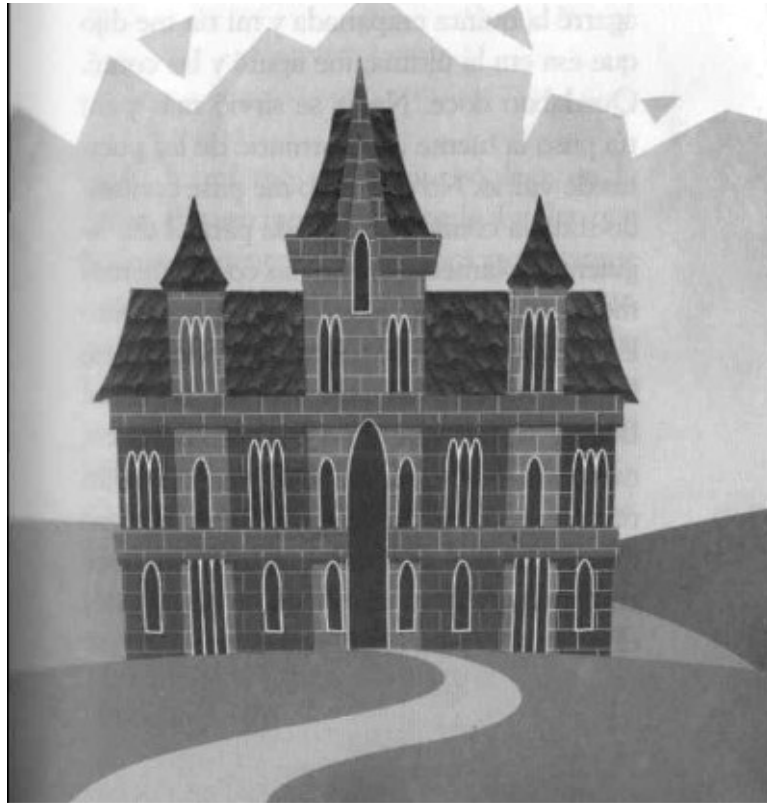
Me pareció muy pronto para que Alfredo jugara a *saquemos a Tomás del medio*. Si apenas me conocía. Además, yo no lo molesté para nada. Ya me las iba a arreglar para entrar al galpón y revisar tranquilo las herramientas. A lo mejor, a Alfredo se le pasaba el malhumor y él mismo me invitaba.

No pensé más y me fui a dar una vuelta por el parque. La pileta de natación

estaba llena de agua sucia. Mi tía me había dicho que en uno o dos días iban a venir los hombres limpiapiletas y la iban a dejar lista para usarla. Seguí caminando y llegué a la entrada del palacio. La puerta principal estaba cerrada, pero las ventanas estaban todas abiertas; las abren a la mañana para que se ventilen las habitaciones; me lo explicó mi tía. Mientras las mucamas están de vacaciones, no se hace una limpieza muy profunda, total, como no entra nadie, no se ensucia nada. En el desayuno yo le había dicho a mi tía que quería conocer el palacio por dentro y ella me dijo que sí, que me iba a llevar a recorrerlo todo, pero que no tenía que tocar nada. Le dije que se quedara tranquila, que si era por mí, podría recorrer el palacio entero sin sacar las manos de los bolsillos. Estuvo de acuerdo y me prometió que la visita iba a ser mañana o pasado.

Seguí caminando un rato, sin dejar de mirar el palacio, tan grande, con tantas ventanas, con tres torres altísimas que terminaban en punta, como tres lápices parados. Cada una tenía una ventana y un balcón. La torre del medio estaba justo encima de la puerta principal y era la más alta. Las otras dos estaban una en cada esquina. La ventana de la torre del medio y la de la izquierda estaban abiertas, pero la de la derecha estaba cerrada. Di una vuelta completa alrededor del palacio y comprobé que todas las ventanas —las de la planta baja y las del primer piso— estaban abiertas. La única cerrada era la de la torre de la derecha. Me pareció raro. En eso estaba, cuando sentí algo húmedo en el brazo. Era el hocico de Tristán, el perro del palacio. Yo sabía que los dueños tenían un perro porque me lo había contado mi tía, pero era la primera vez que lo veía. Mi tía me dijo que casi siempre está en la casa del jardinero. Tristán me lamía la mano y movía la cola. Me puse a jugar con él y se me fue el aburrimiento.

Esa tarde, a la hora de la leche, encontré la fuente de pastelitos tal como había quedado: no faltaba ni uno. Comí cuatro; tuve que darle uno a Tristán porque me miraba con una cara de muerto de hambre que me dio lástima. Se pasó toda la merienda con el hocico apoyado en mi pierna y mirándome fijo. Cuando le di el pastelito, se echó en el piso, lo sostuvo con las patas delanteras y empezó a pasarle la lengua, después se lo comió de dos bocados. Desde que jugué con él, me sigue a todas partes. A la noche no lo vi; Eulalia me dijo que le cuesta corretear a los gatos y que después se va directamente a dormir a la casa del jardinero. Eulalia es increíble. Se la pasa cocinando; está bien que ése es su trabajo, pero todos los días prepara algo especial, esa noche —además de la sopa, que la hace bastante seguido— preparó una montaña de empanadas. Yo de la sopa no me quejo, porque me gusta; sobre todo cuando viene en sopera. Pero las empanadas me vuelven loco, y más que nada las de carne. Lástima que no me dejen comer todo lo que quiero. Otra vez me sacaron la fuente. Insisten con eso de que si como mucho me va a hacer mal y que de noche no hay que cargar el estómago y otras pavadas por el estilo.



Yo comí cinco empanadas. Manuel comió seis y Alfredo cinco, igual que yo. Mi tía y Eulalia, no me fijé, pero seguro que comieron menos por la historia ésa de que no hay que abusar con la comida. Cuando agarré la quinta empanada y mi tía me dijo que ésa era la última, me apuré y las conté. Quedaban doce. Nadie se sirvió más y mi tía puso la fuente en el armario de las puertas de vidrio. No es que yo me pase contando toda la comida que queda para el día siguiente, solamente cuento las cosas que más me gustan. En mi casa, por ejemplo, cuento los alfajores, los chocolates, los bombones; las empanadas, cuando sobran, también. Lo que pasa es que si no controlo un poco, mis hermanas se comen todo y no me dejan nada, especialmente los chocolates. Por eso me acostumbré a contar. Bueno, había doce empanadas y yo ya tenía listo mi desayuno y el de Tristán para el día siguiente.

Sherlock Holmes, coca cola y empanadas

A mí me gusta mucho leer en la cama. Por eso me duermo tarde. Es algo que hago solamente en las vacaciones, porque cuando voy al colegio tengo que levantarme muy temprano y me duermo enseguida. La primera noche que pasé en el palacio, a lo mejor por la emoción del viaje, me dormí ni bien me acosté. Pero la segunda noche volví a mi hábito de leer hasta tarde. Mi abuela me compró tres libros para que me llevara al palacio: *La vuelta al mundo en ochenta días* y dos de Sherlock Holmes. Los libros de detectives y los de aventuras son los que más me gustan. Empecé con uno de Sherlock Holmes.

Ya había leído unas cuantas páginas, cuando oí ladrar a Tristán. Miré por la ventana y vi que se abría la puerta del galpón y Tristán entraba. Miré el reloj; eran las doce y media. Qué raro que Alfredo esté trabajando a estas horas, pensé. Pero, bueno, así como yo tengo la costumbre de leer hasta tarde, a lo mejor él se divierte arreglando aparatos y cosas por el estilo. Me metí otra vez en la cama y debo haber leído como media hora más, cuando me acordé de las empanadas. Pensé que si sacaba dos de la fuente, nadie tenía por qué darse cuenta. No creo que los demás anden contando la comida, como hago yo. Bajé a la cocina, saqué la fuente del armario y puse dos empanadas en un plato. Las conté por costumbre; sin darme cuenta, digamos. Había nueve. Volví a contar. Nueve. Dos, en el plato. Nueve, en la fuente. Once empanadas. Había doce cuando guardaron la fuente en el armario. ¿Alfredo le habría llevado una a Tristán? Sin embargo, Tristán había cenado. Yo vi cuando Eulalia le dejaba el plato del balanceado al lado de la puerta de la cocina. A lo mejor a Alfredo le daba hambre trabajar hasta tarde. Dejé la fuente en el armario y me serví un vaso de coca cola. Puse todo en una bandeja y empecé a caminar despacio, haciendo equilibrio; no estoy acostumbrado a llevar una bandeja, sobre todo con un vaso lleno hasta el borde. Caminaba despacio para no hacer un desastre, pero casi lo hago. Pisé una cosa blanda y húmeda. Estaba descalzo. Me dio asco, pero me controlé. Dejé la bandeja en la mesa (menos mal que la tenía cerca) y me fijé qué había pisado. Era relleno de empanadas. Me pareció raro, porque mi tía y Manuel habían limpiado todo después de comer; limpian a cada rato, nunca hay nada sucio. Me quedé mirando el piso; hacia la izquierda había más relleno, poquito, pero se veía bien. Seguí mirando y vi más: una montañita como las que hacen las hormigas, con

huevo duro y pedacitos de aceituna. El último resto, un cuadradito de morrón con una bolita de carne picada encima, estaba junto a la puerta que comunicaba con la parte principal del palacio, una puerta vaivén que da a una especie de pasillo ancho donde hay armarios y una mesa pegada a una pared. Un poco más allá hay otra puerta por donde se va al comedor. Abrí la puerta vaivén, pero no me animé a seguir. Se me ocurrió que a lo mejor no había sido Alfredo, sino Manuel, que sacó la empanada y se la fue comiendo por el camino, mientras cerraba las ventanas o algo por el estilo, antes de acostarse. Agarré la bandeja y volví a mi habitación. Después de comer, leí un poco más, hasta que me dio sueño. Miré el reloj: eran las dos y cuarto. Apagué la luz y me dormí enseguida. Soñé que estaba en mi casa y que alguien golpeaba con un martillo en la piecita de arriba.

Esa mañana me levanté tarde. Mi tía me sirvió el desayuno y me dijo que en un rato iba a ir a pasar la aspiradora por las alfombras de «adentro» (ella no dice «palacio»; dice «adentro» o «casa»; los demás dicen igual; creo que soy el único que llama las cosas por su nombre) y que podía acompañarla, si es que quería conocer. Más bien que quería. De golpe me acordé del relleno de las empanadas tirado en el piso.

—¿Puedo comer una empanada? —pregunté, mientras iba hacia el armario.

—No puede ser que tengas hambre. Acabás de desayunar —dijo mi tía, mirándome con cara de horror.

—La como después, mientras pasás la aspiradora.

—Ah, no. Adentro no se come. Los únicos que comen adentro son los dueños.

No quise ser buchón, así que no le conté lo de Manuel. Además, yo no tenía hambre. Lo que quería era saber cuántas empanadas quedaban en la fuente.

—Está bien —dije—. La como más tarde. Ahora voy a ver cuántas quedan.

Mi tía se fue a buscar la aspiradora y yo saqué la fuente y conté: ocho empanadas. Por las dudas, conté otra vez: ocho.

—¿Listo? —dijo mi tía, que venía con la aspiradora—. Ahora vamos adentro.

Dejé la fuente en el armario y decidí no decir nada de las empanadas faltantes por dos motivos: por no buchonear a Manuel, que a pesar de ser antipático tiene derecho a tener hambre, y para que mi tía no pensara que me lo paso controlando lo que come cada uno.

Mientras mi tía pasaba la aspiradora por las alfombras, yo me dediqué a mirar. Había estatuas, cuadros enormes con paisajes de campo y de mar y con personas antiguas, muchos jarrones, un montón de sillones con unos almohadones gordísimos que mi tía dice que están rellenos de plumas, unas lámparas de pie recopadas con pantallas con flecos y hasta un piano que, según mi tía, era una «reliquia» (eso dijo) y ni siquiera dejó que me acercara. Todo eso, en el living. Mi tía dice sala. Y me parece que queda mejor. Nunca oí decir: «el living del palacio»; no suena bien. La escalera

es impresionante; toda de madera, con una alfombra roja. En el piso de arriba están los dormitorios; todos tienen muebles antiguos, que hacen juego con los de la sala. Pero no había ni una sola cama con techo. Mi tía me dijo que esas camas son todavía mucho más antiguas que los muebles del palacio.

En el primer piso había tres escaleras más angostas que iban a las torres. Una para la torre del medio y las otras dos para las torres de los costados. Primero fuimos a la del medio y después a la de la izquierda. La verdad, me desilusioné un poco; al verlas desde afuera, me había imaginado otra cosa. Son habitaciones comunes con sillones, sillas, mesitas y lámparas. Cuando creí que íbamos a la torre de la derecha, mi tía empezó a bajar por la escalera principal.



—Nos falta una torre —le dije.

—Es igual a las otras —me dijo.

Entonces me acordé de que la mañana anterior había notado que la ventana de esa torre era la única cerrada de todo el palacio. Se lo dije.

—Lo que pasa es que esa torre no se abre nunca —me dijo—. Era la biblioteca del señor Lorenzo.

—¿Quién es el señor Lorenzo?

—El antiguo dueño, que ya murió.

—No sabía que había un dueño antiguo. Yo creía que los únicos eran los de ahora.

—No. Esos son sobrinos del otro dueño, que heredaron la casa cuando él murió.

—¿Y por qué no se abre la torre?

—Porque no. Era el lugar preferido del señor Lorenzo y... nadie toca nada desde que él no está. Y ahora bajemos, que tengo otras cosas que hacer.

Me pareció que mi tía se había puesto un poco nerviosa, como si no le gustara hablar del señor Lorenzo. Era la primera vez en mi vida que lo oía nombrar.

Un bolso lleno de barbies

El resto de la mañana se me pasó rápido. Jugué con Tristán en el jardín y después intenté entrar al galpón, pero Alfredo no me dejó; otra vez empezó con la historia de que era peligroso porque había muchas cosas y me podía lastimar. Alfredo debe pensar que soy tarado. Al mediodía llegaron los limpiapiletas. Al fin iba a poder bañarme. Me quedé mirando un rato cómo la vaciaban, pero me llamaron a comer y me fui. Ahí me acordé de las empanadas. Había dos en un plato. Mi tía me dijo que me las había guardado para mí. No pregunté quién se había comido las demás porque estaban todos y me dio vergüenza; pero me lo imaginé. Le di una a Tristán y comí la otra. Cuando terminamos de almorzar, Eulalia me dijo:

—Tengo una sorpresa para vos. Pero vas a tener que esperar hasta la tarde.

No hubo forma de que me adelantara nada. Yo pensé que iba a hacer más pastelitos de dulce de membrillo. Pero me equivoqué. A la tarde me trajeron la sorpresa a la pileta. Yo estaba de lo más divertido bañándome con Tristán, cuando, de repente, oigo la voz de Eulalia:

—¡Tomás! ¡Sorpreesa...!

Dejé de nadar y me agarré de Tristán. La sorpresa venía de la mano de Eulalia, sonreía y llevaba un bolso por donde asomaban las cabezas de un montón de barbies. ¿Eso era una sorpresa?

—Te presento a Camila, mi nietita —siguió Eulalia, feliz, sin soltar a la sorpresa de la mano—. Tiene tu edad. Se van a divertir. Ahora salí del agua. Vamos a la cocina que es la hora de la leche.

Y dio media vuelta, llevándose a la sorpresa con su bolso de barbies. De más está decir que yo hubiera preferido una fuente de pastelitos de dulce de membrillo.

Si hay algo que odio, son las barbies. A Tristán parece que le gustan, porque mientras tomábamos la leche, sacó una del bolso y se la llevó abajo de la mesa; la agarró entre las dos patas delanteras —como hizo con el pastelito— y le empezó a mordisquear el pelo. Eulalia se dio cuenta enseguida y se la sacó. A Tristán le quedaron colgando algunos pelos rubios de la boca, que tuve que sacárselos con mucho cuidado porque se le habían enganchado entre los dientes. Camila casi se pone a llorar porque la barbie le quedó un poco pelada de un costado, pero mi tía le hizo un

peinado que le tapó la parte pelada y quedó muy bien. A Camila creo que no le gustó porque no dijo nada y siguió con cara seria, mirando a Tristán de reojo. Ahí me di cuenta de que iba a tener que vigilarla, no fuera cosa que quisiera vengarse del pobre Tristán.

Esa noche nos acostamos tarde. Mi tía, Eulalia, Camila y yo nos quedamos jugando al chinchón en la cocina. Manuel se fue a su habitación y Alfredo, a su casa del jardín; Tristán, que había estado acostado a mis pies, se levantó y se fue con él. Con la excusa de agarrar la lata de las galletitas, me acerqué a la ventana y me fijé si iba al galpón. Pero no; entró en su casa y Tristán, también.

Leí bastante en la cama, pero no tanto como hubiera querido. Tenía mucho sueño y debo de haberme dormido cerca de la una. Estuve mucho tiempo en la pileta y eso cansa. Me dormí con el velador encendido. El libro fue a parar al piso y ni cuenta me di. Otra vez soñé con mi casa. Veía mi habitación tal cual es; me veía a mí mismo durmiendo en mi cama y también veía la piccita de arriba, con los albañiles dele martillar. Los golpes sonaban cada vez más fuerte, hasta que se rompía el techo y aparecía un martillo gigantesco encima de mi cabeza. Creo que grité. De verdad, quiero decir, al menos, eso me pareció. Grité y me desperté, pero no debo de haber gritado muy fuerte porque nadie vino a preguntar qué me pasaba. Me di cuenta de que no tenía el libro y lo busqué en el piso; lo puse en la mesita de luz y apagué el velador. Seguí despierto unos minutos, escuchando el silencio. Me gusta escuchar el silencio de la noche. Cerré los ojos y ya me estaba durmiendo otra vez, cuando oí los golpes. Venían del techo. Pero entonces, ¿no había sido un sueño? Encendí la luz. Los golpes no se oían tan fuerte como en el sueño; eran golpes suaves y parejos, como si alguien estuviera martillando en algún lugar un poco lejano. De día no me hubiera extrañado; habría pensado que estaban arreglando algo arriba. Pero de noche... Era muy raro, a no ser que el que martillaba fuera Alfredo. Mi abuela dice que los viejos duermen poco; a lo mejor Alfredo buscaba cosas para hacer durante la noche, precisamente porque no tenía sueño. En una de éstas se había puesto a arreglar las tejas, qué sé yo. Me levanté de un salto y fui hasta la ventana: la luz del galpón estaba encendida y la puerta, entreabierta. Ahí estaba la respuesta: Alfredo había subido al techo para hacer algún arreglo, y además se había olvidado de cerrar la puerta del galpón cuando salió con las herramientas. Me metí en la cama. Los golpes se oían cada vez más lejos. Me quedé dormido mirando los numeritos fosforescentes del reloj de mi mesita de luz. Eran las tres y cuarto.

Con la emoción de la pileta, me levanté bastante temprano. Me puse el pantalón de baño y las ojotas y fui a la cocina a desayunar. Camila ya estaba ahí, en malla y con las barbies sentadas encima de la mesa. Las conté sin darme cuenta: eran diez. Diez horribles barbies con espantosos vestidos de fiesta, bikinis, pantalones, remeras, carteras, zapatos, collares y un montón de pavadas más. Me acordé de mis hermanas,

que aunque ya no juegan con las barbies, las tienen sentadas en fila en un estante de su biblioteca. Camila y las barbies ocupaban casi media mesa. Me senté en la otra punta.



—¿Todas las noches trabaja Alfredo en el techo? —le pregunté a Eulalia, mientras se acercaba con las jarras del café y la leche, una en cada mano.

—¿Qué? —dijo, con cara de asombro. Y en vez de seguir avanzando hacia la mesa para servirnos a Camila y a mí, se quedó parada en la mitad de la cocina, como haciendo equilibrio con las jarras.

Mi tía, que estaba de espaldas a la mesa, secando y guardando tazas y platos, se dio vuelta y se quedó mirándome.

—¿Quién dijo que Alfredo trabaja en el techo? —preguntó, al fin, Eulalia, mientras recuperaba el movimiento y llegaba hasta mi taza.

—Es que anoche oí unos golpes que venían de arriba, y como estaba la luz del galpón encendida y la puerta abierta, pensé que Alfredo estaba haciendo algún arreglo.

A Eulalia volvió a agarrarle un ataque de inmovilidad. Esta vez le vino justo mientras me servía la leche. Yo vi que llenaba la taza demasiado, pero no dije nada porque pensé que cuando la leche llegara al borde, no iba a servir más. Pero no, siguió y la volcó sobre el plato y la mesa. Mi tía, que también se había quedado quieta mirándome a mí, se acercó corriendo con el trapo rejilla.

—Seguro que estuviste soñando —dijo, mientras limpiaba la mesa.

Entonces les conté mi sueño, pero les aclaré bien que después me desperté y seguí oyendo los golpes, y que fui a mirar por la ventana y vi la puerta del galpón abierta y la luz encendida, y que eran más de las tres de la mañana. Eulalia y mi tía se habían

quedado paradas al lado de la mesa, mirándome. Ninguna decía nada.

—Yo no escuché ningún golpe —dijo, entonces, Camila.

—Nosotras tampoco —dijeron Eulalia y mi tía, las dos juntas, como si se hubieran puesto de acuerdo.

Justo cuando estaba por decir que a mí no me importaba que ellas no hubieran oído nada porque yo sí había oído, entró Alfredo, con Tristán siguiéndole los pasos.

—Alfredo, ¿anoche estuviste arreglando el techo? —le pregunté, sin decir buen día, siquiera.

Antes de que Alfredo pudiera abrir la boca, habló Eulalia, mirándolo fijo y con las cejas bien levantadas:

—Tomás oyó golpes en el techo y creyó que vos estabas haciendo algún arreglo. Pero ya le dijimos que debe de haber estado soñando.

—No estaba soñando —protesté, yo también con las cejas bien levantadas y mirándolo fijo a Alfredo—. Estaba bien despierto.

—Ay, ay, ay —dijo Alfredo—. Eso te pasa por comer mucho de noche. Cargás demasiado el estómago y después tenés pesadillas.

—Me parece, Eulalia, que a la noche vas a tener que cocinar más liviano —dijo mi tía, muy sonriente.

Yo estaba furioso. Me enoja mucho cuando no creen lo que digo. Pero también me dio miedo que empezaran a matarme de hambre para que no tuviera pesadillas. Así que cerré la boca y me apuré a terminar el desayuno para ir a la pileta. Camila y Tristán no dejaban de mirarme. Tristán quería una medialuna y se la di. Me parece que se la tragó entera. Camila no sé qué quería, pero por las dudas no le pregunté; no fuera cosa que se le ocurriera invitarme a jugar con las barbies.

Una puerta en la cocina

Etuve todo el día en la pileta. Salía nada más que cuando me llamaban para comer. Tristán, siempre conmigo. Y Camila, también. Menos mal que no se le ocurrió meter a las barbies; creo que no se animó por Tristán. A la tarde, Eulalia nos llevó la merienda al jardín. Había hecho una torta enorme de chocolate, rellena con dulce de leche. Tristán se comió dos porciones y las migas de mi plato. Cuando Camila terminó de comer, le ofreció su plato y Tristán le pasó la lengua. Se ve que ya se le había ido el enojo por la barbie pelada.

Esa noche nos acostamos más temprano. Después de comer jugamos un rato al chinchón, pero Camila tenía mucho sueño y no paraba de bostezar.

—Bueno, bueno —dijo Eulalia, recogiendo las cartas de la mesa—. Me parece que ustedes dos están muy cansados. Va a ser mejor que se acuesten, así mañana aprovechan la pileta desde temprano.

La que bostezaba era Camila, no yo. Pero no dije nada porque me pareció buena la idea de irme a mi habitación. Tenía ganas de leer.

—¿Puedo llevarme un pedazo de torta? —pregunté.

—¡Ah, no! —dijo mi tía—. Comiste bastante todo el día. No quiero que vuelvas a tener pesadillas.

No le contesté, pero eso de las pesadillas no me gustó. Pensé que mi tía y Eulalia habían encontrado un buen pretexto para no dejarme comer tranquilo. Por costumbre, espí el armario de puertas de vidrio: la torta seguía igual que después de la merienda; quedaba más de la mitad. Fui a mi habitación y me tiré en la cama a leer. Terminé el primer libro de Sherlock Holmes y empecé el segundo, pero otra vez, como la noche anterior, me quedé dormido con la luz encendida y se me cayó el libro al suelo. Me di cuenta más tarde, cuando me desperté. Eran las dos y veinte; el reloj de mi mesita de luz fue lo primero que vi. Me senté en la cama, pensando en el sueño horrible que había tenido: estaba acostado en la pileta, haciendo la plancha con los ojos cerrados, cuando alguien empezó a golpear el techo. La pileta estaba dentro de mi dormitorio, en mi casa de Lanús. Abrí los ojos y vi un martillo enorme —como en el otro sueño— y un montón de ladrillos que se me venían encima. Me desperté asustado, pero me parece que esta vez no grité. ¿Sería cierto lo de las pesadillas? Nunca me había pasado. Me quedé sentado en la cama, escuchando, pero no oí nada.

Levanté el libro, apagué la luz y me dormí enseguida. Volví a soñar con golpes. Estaba de nuevo en mi habitación, pero no en una piletta, sino en mi cama y mis hermanas golpeaban la puerta con sus barbies. Yo me reía y les decía que las barbies se iban a quedar peladas. Entonces pasó algo raro; sentí que alguien me agarraba del hombro y me zamarreaba. Abrí los ojos. Era Camila, en camisón; me miraba muy seria, mientras comía un pedazo de torta de chocolate.

—Levántate —me dijo, con la boca llena y escupiendo migas en mis sábanas—. Ya sé de dónde vienen los golpes.

Sin dejar de comer, Camila fue hacia la pared que está enfrente de mi cama y apoyó una oreja.

—Escuchá —me dijo.

Le hice caso: me acerqué a la pared y apoyé la oreja. Unos golpes suaves, pero muy claritos, llegaban desde el techo retumbando por la pared.

—Ahora se oyen despacio, pero antes sonaban bien fuerte, ¿no? —dijo Camila.

—¿Y vos cómo sabés?

—Porque yo estaba en la cocina. Me levanté para ir a buscar torta. Estaba sacando la fuente del armario, cuando oí los golpes. Venían de arriba, pero sonaban más en una de las paredes. Empecé a investigar y... vas a ver lo que descubrí.

Camila me agarró del brazo con la misma mano con la que había estado comiendo la torta y me llevó hacia la escalera. No me soltó hasta que bajamos. Me toqué el brazo; lo sentí todo pegajoso. La luz de la cocina estaba apagada. No hacía falta encenderla porque entraba algo de luz por las ventanas. Hay un farolito en la galería, al lado de la cocina, que siempre queda encendido. La noche que bajé a buscar las empanadas, lo primero que hice fue encender la luz; ahora me daba cuenta de que no hacía falta.

—Apoyá la oreja acá —dijo Camila.

En una de las paredes, entre la mesada y un placard, a la misma altura de la mesada, había una especie de puerta pintada de blanco, como las puertas de los armarios. Yo ya la había visto, pero no le presté mucha atención; pensé que era un armario más, un placard chiquito al lado del grande. Qué sé yo, no le di importancia.

—¿Oís los golpes? —me preguntó Camila, con la oreja también apoyada en la puerta.

Se oían perfectamente. Eran golpes suaves, que parecían venir de lejos. Era raro, porque si se sacaba la oreja de la puerta, no se oía nada.

—Acá pasa algo raro —dijo Camila—. Y tu tía y mi abuela lo saben muy bien, pero no nos quieren decir.

Camila me sorprendió. Jamás se me hubiera ocurrido que Eulalia y mi tía ocultaran algo. El único del palacio que tenía cara de ocultar era Manuel. Y Alfredo, un poco, con eso de no querer dejarme entrar al galpón. ¿Pero mi tía y Eulalia...?

—¿Vos sabés qué es esto? —dijo Camila, señalando la puerta de donde venían los ruidos.

—Un placard. Qué va a ser.

—No; es otra cosa. Yo lo vi en una película por televisión. Es un montaplatos.

—¿Un qué?

—Un montaplatos. Es como un ascensor, pero chico. Sirve para llevar la comida desde la cocina a los pisos de arriba. Mirá —dijo y abrió la puerta.

Los golpes se oyeron un poco más fuerte. El montaplatos era una especie de bandeja de madera con una rueda con correas al costado. Metí la cabeza y vi que arriba había un hueco. Estaba muy oscuro.

—¿Y para subir la bandeja hay que tirar de la correa? —pregunté.

—Es como un ascensor. Tiene que haber un botón para que suba y baje.

Cerramos la puerta. No había ningún botón a la vista, pero no fue nada difícil encontrarlo. Sobre la mesada, al costado del montaplatos, estaba el microondas; lo corrí. Tal como había pensado: en los azulejos de la pared había una chapa plateada con un botón negro.

—¿Te das cuenta por qué los golpes se oyen desde tu habitación? —me preguntó.

—Claro. Mi habitación es la primera. El hueco también pasa por mi pared.

—¿Y hasta dónde llega? —preguntó Camila.

Ahí me di cuenta. No sé cómo no lo pensé antes. La cocina estaba en la planta baja; del otro lado estaba la sala, el comedor, el escritorio y no sé qué más. En el primer piso estaban todos los dormitorios, los nuestros —o sea los del ala de servicio— y los principales, del otro lado. Y más arriba, las torres. Las tres torres. Y si el montaplatos no llegaba a mi habitación (y no llegaba, estaba seguro), sí llegaba a la torre, a una sola: ¡la de la derecha! ¡La del señor Lorenzo! Le conté a Camila de un tirón todo lo que sabía de la torre de la derecha. Me apuré un poco porque estaba nervioso y tuve que repetirle algunas cosas.

—Mi abuela nunca me contó nada del señor Lorenzo. Te dije que nos ocultaban algo.

Camila se quedó pensativa. A mí me pareció un poco exagerada; no me la imaginaba a mi tía ocultándome cosas. Y a Eulalia, tampoco.

—Yo creo que en la torre deben tener a alguien encerrado —siguió Camila.

—¿Mi tía y Eulalia...?

—No, ellas no. Los dueños. Tiene que ser alguien de la familia que está loco o algo por el estilo y lo encerraron en la torre para que no se escape. Mi abuela, tu tía y los demás tienen que guardar el secreto porque si no, los echan.

Pensé que la loca era ella. Seguramente, de tanto jugar con las barbies, a Camila se le había achicado el cerebro. Se lo iba a decir, pero siguió hablando.

—Para mí que es una historia parecida a la de la película del montaplatos que vi

por televisión. Era de misterio. Todo pasaba en una casa antigua que tenía un montaplatos en la cocina, como éste. Y en la parte de arriba de la casa había un secreto. La chica, que era la principal, vivía en la casa con la madre y la tía. A veces se oían gritos desde arriba y la chica creía que eran del opa.

—¿Del opa...?

—Sí. Un tonto que vivía encerrado en una habitación. Eso era lo que la madre y la tía le habían contado a la chica. Y ella lo había creído siempre. El opa no salía nunca y le mandaban la comida por el montaplatos. Pero un día, la chica se hizo amiga de un chico y le contó la historia del opa. El no le creyó; le dijo que eso era un invento. Y ella insistía que era verdad, que el opa había estado siempre encerrado en esa habitación, que a veces gritaba, pero que ella nunca lo había visto. Entonces el chico tuvo una idea: uno de los dos tenía que meterse en el montaplatos para espiar en la habitación, mientras el otro lo hacía subir desde abajo.

—¿Y no podían espiar por la puerta de la habitación?

—No. La madre y la tía no permitían que nadie se acercara. La única forma de llegar era por el montaplatos; y de noche, cuando la tía y la madre dormían.

Camila hizo una pausa para sacar la cocacola de la heladera.

—¿Y quién subió? —pregunté—. Seguro que el chico.

—La chica —dijo, mientras llenaba dos vasos de coca.

Lo dijo dándose importancia, como dejando claro que las mujeres eran más valientes. Me di cuenta.

—La chica era más liviana. El chico hizo subir el montaplatos.

—¿Y qué pasó con el opa?

—Nada. No había ningún opa.

—El chico tenía razón —aproveché para tomar partido por los hombres.

—No había opa, pero había una loca. Era otra tía, que estaba encerrada desde que era joven. Ahora era vieja y estaba siempre en camisón y tenía el pelo larguísimo. Pero cuando era joven había tenido un novio que la abandonó, y entonces ella no quiso salir más a la calle porque era la vergüenza de la familia y al final terminó loca.

—¿Y vos creés que hay un opa en la torre?

—O un loco...

Me quedé pensando. Me acordé del mayordomo de pelo blanco. ¿Y si no era un mayordomo? ¿Y si era alguien de la familia que estaba loco y lo tenían encerrado en la torre, pero el verano pasado se escapó y se le dio por hacerse el mayordomo, justo cuando llegué yo? Ya estaba por contarle a Camila la historia del mayordomo de pelo blanco, cuando de repente se encendió la luz.

—¿Se puede saber qué están haciendo ustedes dos en la cocina? —rugió Eulalia.

Casi nos mata del susto. Estaba parada al lado de la escalera, todavía con la mano sobre la llave de la luz, con un camisón largo hasta los tobillos, los anteojos puestos y

los pelos parados. Después del susto me dieron ganas de reírme; menos mal que habló Camila, porque casi suelto la carcajada.

—Teníamos sed, abuelita. No te enojés.

—Que sea la última vez que se levantan a la madrugada. Y si tienen sed, tomen agua en el baño. Vamos, ¡a dormir!

Ya nos íbamos, cuando Eulalia miró hacia la mesa, donde había quedado la fuente con la torta de chocolate.

—¡Ajá! Tenían sed, ¿eh? ¡Claro! Después de haberse comido casi toda la torta, ¿cómo no iban a tener sed? Vamos, ¡a dormir!

Miré hacia la mesa, de reojo. Sobre la fuente había dos pedazos de torta. ¿Cómo no me fijé antes? Camila no podía haber comido tanto. Había más de media torta cuando me fui a dormir. Sí, sí. Acá pasaba algo muy raro.



El habitante de la torre

Me levanté tardísimo: eran las once y media. Había mucho sol, hacía calor, ideal para la pileta. Bajé corriendo. El único que estaba en la cocina era Manuel. Sacaba unas bolsas de mandados del placard.

—Me voy al pueblo a hacer compras —me dijo—. En el armario está la torta. Aprovechá antes de que se levante tu amiguita —me guiñó un ojo y se fue.

Yo no sabía si me estaba cargando o qué, pero no perdí tiempo y saqué la fuente del armario; estaban las dos porciones.

Eran para mí y no iba a permitir que nadie me las sacara; mucho menos Camila, que había sido la última en comer. Me preparé la leche y me senté. Ya estaba terminando, cuando entraron Alfredo y Tristán. Alfredo llevaba una caja de herramientas. Dijo «buen día» y siguió caminando hacia la puerta vaivén. Tristán me apoyó el hocico en la pierna y empezó a mirarme con esa cara de lástima que pone cuando quiere que le den comida. Le di la media porción de torta que me quedaba y me fui detrás de Alfredo; quería ver adonde iba.

Cuando me asomé por la puerta vaivén, él ya había pasado al comedor. Lo seguí. Iba hacia la escalera. Me escondí detrás de un sillón, desde donde se veía la escalera completa. Alfredo subió y al llegar al primer piso, dobló hacia la derecha. Salí de mi escondite y corrí hacia la escalera, pero justo en ese momento oí voces. Alcancé a esconderme detrás de otro sillón. Por suerte hay sillones de sobra.

—Pobre Lalo —era la voz de mi tía—. Ya casi ni duerme de noche. Menos mal que durante el día descansa un poco.

—Es una pila de nervios —ahora era Eulalia la que hablaba—. A veces parece que fuera a explotar.

¿De qué hablaban? ¿Quién era ese Lalo? ¿Tendría razón Camila y en la torre escondían a un loco? Intenté seguir escuchando, pero mi tía encendió la aspiradora. Eulalia dijo algo más y se fue. Mi tía siguió muy concentrada con su trabajo. Aproveché y me fui deslizado hacia la cocina. Antes de pasar por la puerta vaivén, me aseguré de que Eulalia no estuviera a la vista. La que sí estaba era Camila; tomaba la leche y le daba galletitas a Tristán. Le hice un gesto para que me siguiera y me fui derecho al montaplatos; apoyé la oreja y presté atención: unos golpes muy suaves llegaban desde la torre.

—¡Chicos! ¡Ya está la comida! ¡Salgan de la pileta! —gritaba Eulalia, desde la galería.

Camila les había puesto bikinis a las diez barbies y las había sentado en fila sobre una toalla, al lado de la pileta. Cada tanto, Tristán salía del agua y se acercaba a las

barbies como con ganas de seguir arrancando pelos. Las olfateaba, se sacudía el agua, movía la cola, nos miraba y finalmente se tiraba otra vez a la pileta para seguir jugando con nosotros.

Cuando Eulalia nos llamó a comer, estábamos elaborando un plan para resolver el misterio de la torre. Yo le había contado a Camila el episodio de esa mañana con Alfredo y la conversación que había escuchado en la sala, más el asunto del mayordomo de pelo blanco, y ella insistía con eso de que tenían un loco encerrado en la torre.

—Lalo tiene que ser el loco, ¿te das cuenta? Seguro que es un pariente de los dueños, que lo encerraron en la torre porque no quieren mandarlo a un manicomio. Lo que no entiendo es para qué subió Alfredo con las herramientas —dijo Camila.

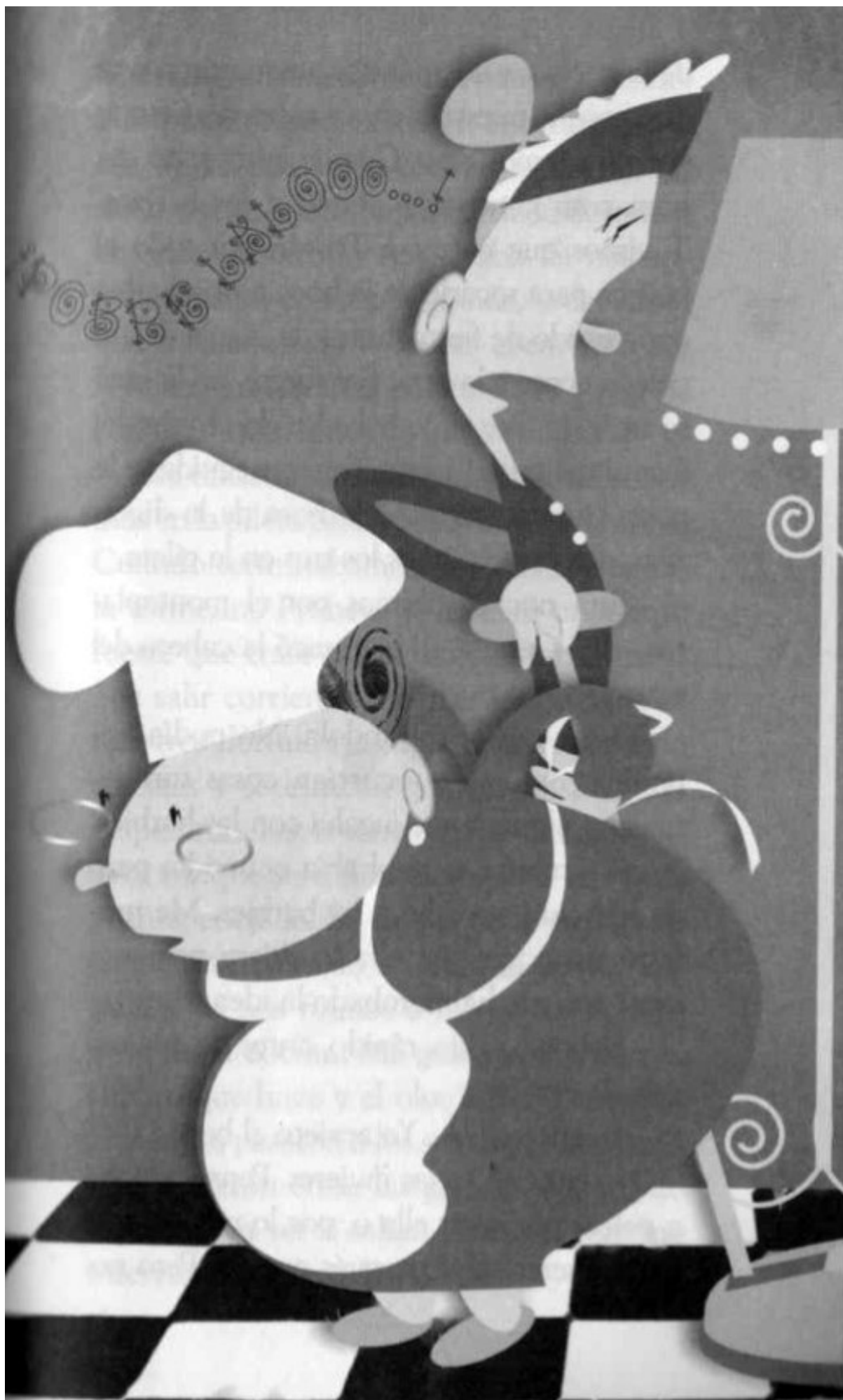
—Creo que yo sí lo entiendo —dije, bastante seguro—. De noche, Lalo rompe cosas, qué sé yo, hace agujeros en las paredes, en el piso, desarma los muebles, y de día sube Alfredo y arregla los destrozos, mientras el loco duerme.

—Puede ser... —dijo Camila.

—¡Chiiicoos...! ¡La comiidaaaaa!

No sé si serían ideas mías, pero me pareció que Eulalia se estaba poniendo cada vez más gritona.

Después de almorzar nos obligaron a hacer una hora de digestión, antes de meternos en la pileta. Tuvimos que obedecer porque mi tía y Eulalia nos espiaban por la ventana de la cocina, y además nos amenazaron con llevarnos a nuestras casas antes de tiempo si no hacíamos caso. Camila aprovechó esa hora para cambiar y peinar a las barbies. Tuvimos que correr a Tristán por todo el parque para sacarle de la boca a una barbie con vestido de fiesta, antes de que la dejara pelada como a la otra. Por suerte, no le sacó ni un pelo; eso sí, le babeó todo el vestido. Camila se puso furiosa, pero enseguida se le pasó. Cuando terminó la hora de la digestión, nos zambullimos los tres en la pileta.



—Esta noche subimos por el montaplatos —dijo Camila, ni bien sacó la cabeza del agua.

Yo me quedé mirándola. No podía entender cómo se le ocurrían cosas tan geniales a alguien que jugaba con las barbies. A mí también se me había ocurrido, pero es diferente: yo odio a las barbies. Me molestó un poco que ella lo dijera primero; sentí que me había robado la idea.

—Subo yo —dije, rápido, antes de que me ganara otra vez.

—Bueno —dijo—. Yo aprieto el botón.

No entiendo a las mujeres. Pensé que iba a pelear por subir ella o, por lo menos, que iba a querer subir después que yo. Pero no. Se conformó con apretar el botón. Y bueno. Nos pusimos de acuerdo en encontrarnos a eso de las dos en la cocina. Si alguno no salía, seguro que se había quedado dormido; entonces el otro lo despertaba. Si nos encontrábamos con algún grande, le decíamos que habíamos ido a buscar coca. Después volvíamos a nuestras habitaciones y esperábamos un rato antes de salir otra vez.

Esa tarde hizo muchísimo calor. Estuvimos en la pileta casi hasta la hora de la cena. Cuando terminábamos de comer, empezó la tormenta. Primero se levantó un viento fuerte que traía olor a lluvia. Manuel tuvo que salir corriendo a cerrar las celosías de nuestros dormitorios, que habían quedado abiertas y se estaban golpeando. Después empezaron los truenos y los relámpagos. Tristán, que se había acostado a mis pies, gruñía, enojado. Se ve que no le gustan las tormentas. Cuando se largó la lluvia, Camila y yo nos fuimos a mirar por la ventana de la cocina. Me gusta la lluvia, y el ruidito que hace y el olor a tierra mojada. Dos sapos pasaron a los saltos por la galería y se metieron entre las plantas. Me quedé esperando a ver si salían otra vez, pero me interrumpió la voz de Alfredo:

—Bueno... Me voy a dormir. Que descansen y hasta mañana.

Alfredo sacó un paraguas negro del placard y se fue con Tristán. El paraguas era grande y Alfredo se veía chiquito, debajo. Los dos juntos, en la oscuridad, parecían un hongo enorme.

Tristán estuvo un ratito olfateando las plantas donde se habían escondido los sapos y al final levantó la pata. Enseguida salió corriendo detrás de Alfredo, que ya estaba cerrando el paraguas para entrar a su casa. Tristán se sacudió delante de la puerta y entró. El paraguas quedó apoyado en la pared, debajo del alero.

—Tengo miedo de que nos quedemos dormidos —me dijo Camila, en voz baja.

—No te preocupes —le dije—. Voy a poner el despertador, por las dudas. Hay uno en mi mesita de luz; espero que no suene demasiado fuerte.

—Entonces me voy a dormir —dijo Camila, bostezando—. Tengo mucho sueño.

Me quedé mirando la casa de Alfredo. Era chica, con techo de tejas y un alero. El galpón de las herramientas estaba pegado a la casa y también tenía techo de tejas. En

realidad, el galpón era una parte de la casa. Todos los nombraban por separado; decían «la casa de Alfredo» y decían «el galpón». Pero ahora que los miraba bien —y eso que estaba bastante oscuro, a pesar de que había luz en la ventana— me daba cuenta de que eran una sola construcción.

La luz de la ventana se apagó. Por un momento, todo quedó a oscuras, pero enseguida reventó un relámpago en el cielo y la casa se iluminó durante un segundo; hasta vi el paraguas, cerrado y parado junto a la puerta. El trueno sonó tan fuerte, que tuve que taparme los oídos. Pensé en Tristán.

Mi plan era leer hasta las dos, pero me agarró sueño. Igual, había puesto el despertador por si me quedaba dormido. Dejé el libro en la mesita de luz y apagué el velador. Eran las doce y media. Seguía lloviendo. Me dormí enseguida. No recuerdo haber soñado, pero algo me debe de haber sobresaltado porque me desperté de golpe y asustado. A lo mejor habrá sido por un trueno; no sé. O por miedo de quedarme dormido; qué sé yo. Los numeritos fosforescentes del reloj marcaban la una y cuarenta y cinco. Perfecto. Apagué el despertador. Eso de correr el riesgo de que sonara muy fuerte y se despertara todo el mundo me había preocupado bastante. No encendí el velador. Cada tanto, la habitación se iluminaba con los relámpagos. Había dejado de llover, pero la tormenta seguía. Fui a mirar por la ventana. No había ninguna luz encendida en la casa de Alfredo. Un relámpago la iluminó y alcancé a ver que las puertas —la del galpón y la de la casa— estaban cerradas. El relámpago se apagó y dejó la casa otra vez a oscuras. Me quedé esperando el trueno, mientras repasaba mentalmente la imagen de la casa iluminada por el relámpago: estaba incompleta. Me parecía que faltaba algo, pero no podía decir qué. En eso estalló el trueno. Fue como el gruñido de una bestia furiosa. Me tapé los oídos y me acordé de Tristán. Entonces supe por qué la imagen de la casa estaba incompleta. Faltaba algo junto a la puerta. Otro relámpago volvió a iluminar la casa. Miré directamente hacia la puerta. El paraguas no estaba. Me llamó la atención. ¿Alfredo lo habría entrado? ¿Para qué?, nadie se lo iba a robar. No sé, pero me pareció extraño. Miré la hora: dos y tres minutos. Y yo mirando por la ventana. Seguro que Camila se había quedado dormida. Fui hasta su habitación. La desperté tocándole un hombro, como ella había hecho conmigo.

—Me quedé dormida —dijo, sentándose de golpe en la cama. Parecía asustada.

—Ya me di cuenta. Vamos. Son más de las dos.

Bajamos despacio. Camila me agarraba de un brazo, como la otra noche; pero ahora tenía las manos limpias. El farolito de la galería iluminaba la cocina lo suficiente como para no llevarse nada por delante. Cuando llegamos junto al montaplatos, Camila me soltó el brazo.

—Esperemos que no haga ruido —dijo— si no, se van a despertar todos.

No se me había ocurrido que podía hacer ruido. Bueno, era un riesgo que había

que correr. Menos mal que ahora llovía fuerte y cada tanto sonaba un trueno; después de todo, la tormenta nos iba a ayudar a tapar cualquier ruido molesto. Corrí el microondas y Camila abrió la puerta del montaplatos.

—El loco está golpeando, ¿oís? —dijo, metiendo la cabeza adentro.

Se oía perfectamente. Eran golpes suaves y seguidos: uno, otro, otro, otro... A continuación, un silencio largo y después, de nuevo los golpes. Camila acercó una silla.

—¿Tenés miedo? —me preguntó, apretando el respaldo.

No le contesté. Ni la miré, siquiera. Hice de cuenta que investigaba la correa y el piso del montaplatos. Sí, tenía miedo; pero no se lo iba a decir. Metí la cabeza en el hueco. Estaba oscurísimo. Acomodé la silla justo debajo del montaplatos y me paré encima.

—Bueno... Allá voy —dije, metiéndome de cabeza en el hueco.

Primero me arrodillé, pero me sentí medio incómodo, entonces me senté con las piernas encogidas y me pareció que así estaba mejor.

—¿Listo? —susurró, apenas, Camila.

—Listo —susurré yo también.

Camila cerró la puerta y me agarró un ataque de pánico. Respiré hondo y traté de consolarme pensando que seguramente habría cosas mucho peores que estar encerrado en un montaplatos. No se me ocurría ninguna. Miré para arriba: la oscuridad era total. Pensé en golpear la puerta para que Camila me abriera; iba a quedar como un cobarde, pero no me importaba. De golpe, sentí una sacudida, algo como un temblor; enseguida escuché el zumbido de un motor y me di cuenta de que había empezado a subir. Acababa de perder la oportunidad de una huida indigna, pero segura. No me quedaba otra que afrontar la situación. Cerré los ojos y me concentré en los golpes. Ahora eran martillazos sin pausa, uno atrás del otro. ¿Cómo no se cansaba el loco? Con razón Alfredo tenía que subir de día; si alguien no arreglaba lo que el loco rompía, en una semana el palacio se venía abajo. Me acordé de la lluvia y me dieron ganas de oírla y de ver a los sapos saltando por el pasto. También pensé en el olor de la lluvia. En el hueco solamente se sentía olor a humedad. Se me ocurrió que a lo mejor, tanto golpear y golpear, el loco podía romper algún caño. ¿Qué pasaría, entonces? ¿Se inundaría el hueco del montaplatos? Me dieron ganas de gritar. Abrí los ojos, pero no grité. Me tranquilicé pensando que seguramente por la torre no pasaba ningún caño. De repente se hizo un gran silencio. Ya no se oían los golpes. Ahora escuchaba otra vez el zumbido del motor, que antes había quedado ahogado por los martillazos. Más arriba se veía una raya de luz. Seguro que ahí estaba la puerta del montaplatos. La raya de luz se iba acercando. Ya estaba casi a la altura de mi cabeza. Seguí subiendo. Ahora la raya de luz estaba más abajo, a la altura de mis pies. El zumbido se apagó. El montaplatos se detuvo. Había llegado a la torre. Tanteé

la puerta. La empujé un poco, pero no se abrió. Tuve miedo de empujar más y que se abriera de golpe. Traté de espiar por la raya de luz: era imposible; no se veía nada. Ahí me di cuenta de que había un montón de cosas que no habíamos pensado con Camila. Una era ésa: cómo abrir la puerta desde adentro; ¿se podría? Otra era el tiempo que supuestamente yo tendría para espiar. ¿Cuándo me iba a bajar Camila? ¿Y si el loco me veía y ella no me bajaba? Ya me estaban agarrando otra vez las ganas de gritar, cuando se me ocurrió probar de nuevo con la puerta. Apoyé las dos palmas bien abiertas sobre la puerta y empecé a dar empujoncitos suaves, pero firmes. Tuve mucho cuidado de no hacer ruido. Empujé cuatro o cinco veces y se abrió un poco. El corazón me empezó a latir más fuerte. Miré por la abertura. Creo que traté de no respirar.

Lo primero que vi fue una biblioteca repleta de libros, en la pared que estaba enfrente del montaplatos. No se oía nada. Miré hacia abajo y alcancé a ver un agujero en el piso, delante de la biblioteca; a un costado, había varias tablas apiladas. Me animé y empujé la puerta un poquito más. El agujero del piso no era tan grande como me había parecido. El loco se había entretenido en sacar algunas tablas, nada más. Presté atención: ni un sonido. Traté de concentrarme en el silencio, cerrando los ojos. Dio resultado. Una respiración fuerte y regular, parecida a un ronroneo, me llegó desde algún lugar de la torre. Se parecía al ruido que hace mi abuela cuando se queda dormida frente al televisor, con la boca un poco abierta y soplando de a ratos. Sí, el loco dormía, estaba seguro. Abrí la puerta lo suficiente como para sacar la cabeza. A mi derecha, contra la pared que hacía ángulo con la del montaplatos, había un sillón largo, antiguo como todos los muebles del palacio, con un respaldo muy alto. Ahí estaba el loco acostado, de cara al respaldo. Parecía un chico; por el tamaño, quiero decir, y también por la posición, porque estaba acurrucado, con las piernas dobladas. De no haber sido por la pelada reluciente, habría pensado que era un chico un poco mayor que yo. La espalda del loco subía y bajaba. Dormía; no había dudas. Me dieron ganas de saltar del montaplatos para investigar un poco, pero me aguanté. Me asomé más. A mi izquierda había un escritorio enorme y viejo, de esos que tienen una tapa que se sube y se baja. La tapa estaba levantada y se veían un montón de papeles y libros o agendas, todo revuelto. En la silla del escritorio había libros apilados. Miré otra vez al loco; seguía durmiendo. Atrás del sillón había una cortina de color verde oscuro; seguro que ahí estaba la ventana que nunca se abría. ¿Dónde estaría la puerta de la torre? A lo mejor, del otro lado del escritorio. Me asomé todo lo que pude: apoyé las manos en el borde de la pared y me estiré, sacando medio cuerpo afuera. Alcancé a ver la puerta. Me pareció que no estaba cerrada del todo. Qué raro, pensé, el loco se podía escapar. Me estiré un poco más, pero justo en ese momento, el montaplatos se movió. Me quedé duro de miedo. Casi me caigo al piso, pero pude agarrarme de la puerta y recuperé el equilibrio. El montaplatos había empezado a

descender. El zumbido del motor me llegó como un estrépito; ya me había acostumbrado al silencio.

Quise cerrar la puerta, pero me di cuenta de que no podía; no tenía de dónde agarrarla. Mientras tanto, el montaplatos seguía bajando. Yo ya estaba casi parado; no me resignaba a dejar la puerta abierta. No me importaba lo que el loco pudiera pensar; me preocupaba que cuando fuera Alfredo y la viera abierta, sospechara algo. Agarré la puerta de los bordes y la traje hacia mí, despacio. Lo hice bien, porque se cerró; pero entonces me quedé en la más completa oscuridad. Me desorienté y volví a perder el equilibrio. El montaplatos bajaba muy despacio, pero yo ya estaba parado del todo y no me animaba a agacharme o arrodillarme; me parecía que me iba a caer. No sé explicarlo, pero era una sensación horrible. Sentía que estaba en el aire y tenía que agarrarme de algo. Entonces estiré los brazos y puse una mano debajo de la puerta, y la otra la llevé hacia la pared del costado. Casi me muero del susto, porque en vez de encontrarme con la pared, metí la mano en un agujero. Pensé en arañas y cucarachas y me parece que estuve a punto de desmayarme, porque se me aflojaron las piernas y me caí. Claro que eso era lo mejor que podía haberme pasado, porque, ¿adonde me iba a caer, sino al piso del montaplatos? Caí de rodillas. Eso sí, estaba bastante aturdido; me sentía raro.

—¿Y...? ¿Lo viste al loco? —preguntó Camila, cuando abrió la puerta del montaplatos.

Me quedé mirándola. Oí la lluvia otra vez, como antes de subir. Yo sentía que había estado muchísimo tiempo dentro del montaplatos y, sin embargo, la lluvia parecía decirme que sólo habían pasado unos minutos.

—¿Qué te pasa? ¿Te quedaste mudo?

Camila me agarró de un brazo y me tironeó para que bajara. Volví a la realidad y recuperé el habla.

—Tengo hambre. Busquemos algo para comer y después te cuento.

Camila no tuvo tiempo de protestar. Un relámpago impresionante iluminó el cielo del otro lado de la ventana y enseguida se oyó un trueno que casi nos deja sordos. Agarré la lata de las galletitas.

—Vamos a mi cuarto —dije.

Camila sacó la cocacola de la heladera y me siguió.

El asesino es el mayordomo

Me levanté casi al mediodía. Seguía lloviendo. No sé qué soñé. A lo mejor, no soñé nada. Mi papá dice que uno sueña siempre, pero que a veces no se acuerda. Bajé a la cocina. Me moría de hambre; creo que por la lluvia. Cuando llueve, me dan ganas de comer cosas especiales, como pastelitos de dulce de membrillo, tortas fritas, buñuelos de manzana como los que hace mi abuela...

—Eulalia, ¿sabés hacer buñuelos de manzana?

—Claro que sé, Tomás. Esta tarde voy a preparar una fuente para vos y Camila. Ahora desayuná livianito que ya falta poco para el almuerzo.

No sé que habrá querido decir exactamente con eso de «livianito», pero por las dudas no le pregunté.

—Voy a ayudar un poco a tu tía con la aspiradora... Me parece que ahí viene Camila —dijo, mirando hacia la escalera—. ¡Camiiiiiii...! —gritó, como para que la escucharan desde diez pisos más arriba—. ¡Acá está Tomás! ¡Desayuná con él!

Eulalia se fue y la cocina quedó silenciosa. Me dediqué a investigar la heladera.

—Yo quiero un sándwich de jamón y queso —dijo Camila.

No la oí llegar. Me di vuelta de golpe. Estaba parada detrás de mí, con todas las barbies entre los brazos. Hice dos sándwiches para cada uno y preparé la leche. Camila sentó a las barbies en fila, sobre la mesa y empezó a cambiarles la ropa. Tenía cara de enojada; pero la cara, nada más. Camila es como yo, no nos gusta hablar cuando recién nos levantamos. Necesitamos un rato de silencio para pensar. Mis hermanas, en cambio, se levantan hablando y no paran hasta que se acuestan. Yo preferiría que hablaran menos.

—¿Dormiste bien? —me preguntó cuando terminó el primer sándwich.

—Sí, de un tirón. ¿Y vos?

—Me desperté dos veces. Tuve un sueño horrible con un ascensor que subía y subía y no paraba nunca.

—¿Estás segura de que no era un montaplatos?

—Era el ascensor de la casa de mi tía. Qué sueño horrible... ¡Mirá! —dijo, señalando la ventana.

Tristán estaba del otro lado, con el hocico pegado al vidrio. Me parece que miraba a las barbies. Lo hicimos pasar. Estaba todo mojado. Nos saludó con varios

lengüetazos, se sacudió, nos salpicó y se fue derecho a la mesa a oler a las barbies. Camila lo retó, pero él no le hizo caso. Yo le ofrecí un sándwich de jamón y queso y empezó a mover la cola. Se lo comió de dos bocados y volvió a la mesa, a ver si pescaba alguna barbie.

Cuando terminamos de almorzar, seguía lloviendo. Me gusta la lluvia, pero hubiera preferido que saliera el sol para ir a la pileta. Con Camila habíamos pensado jugar al chinchón, ni bien los grandes terminaran de limpiar la cocina. Pero hubo un cambio de planes.

—Bueno... Con el permiso de ustedes, me voy a retirar —dijo Alfredo, bostezando.

Yo pensé que se iba a dormir la siesta, pero no.

—No te olvides de traerme el jazmín. Se lo prometí a mi hermana —dijo mi tía.

—Y la santa Rita para mi hija —dijo Eulalia—. Amarilla; mirá que la roja ya la tiene.

—Sí, señoras. No me voy a olvidar —dijo Alfredo.

—¿Querés que te acompañe? —le preguntó Manuel, que estaba secando los platos con Eulalia.

Me pareció que Alfredo se sorprendía un poco, como si Manuel le hubiera preguntado algo raro.

—No, no... gracias. No hace falta. Llevo la camioneta.

—Por eso —insistió Manuel—. Por si te cansás de manejar. Yo te puedo dar una mano.

—No, no... No te molestes... Estoy esperando a mi primo... El me va a acompañar. Maneja muy bien, ¿sabés? Bueno... Me voy. Hasta luego.

Noté que salía muy apurado, como tratando de evitar que Manuel insistiera en acompañarlo.

—¿Adónde va Alfredo? —pregunté.

—A un vivero. Tiene que traer unas cuantas plantas —dijo mi tía.

—¿Quién es el primo de Alfredo? —preguntó Camila, mirando por la ventana.

—No lo conocés —le contestó Eulalia—. Vive en el pueblo.

—Bueno... —dijo Manuel—. Si no me necesitan, me voy a dormir la siesta.

—Aprovechá —le dijo mi tía—. En un ratito, me voy yo también.

—Y yo —dijo Eulalia—. Este es un día para dormir.

Me acerqué a la ventana, junto a Camila. Al lado de la cocina, hacia el fondo, está el lavadero y un poco más allá, el garaje. Una camioneta vino de esa dirección y se detuvo frente al galpón. Alfredo, que era quien manejaba, abrió la puerta del lado del acompañante. Como si hubiera brotado del aire, apareció un hombre con bermudas y paraguas y subió a la camioneta. Llevaba un gorro de Boca hundido casi hasta la nariz. La camioneta siguió por el camino que iba hacia el portón de rejas de la

entrada.

—¿Será ése el primo de Alfredo? ¿De dónde salió? —dijo Camila en voz baja.

—Tiene que haber salido de la casa de Alfredo. Y seguro que es el primo, si no, ¿quién va a ser?

—Yo no lo vi salir...

—Yo tampoco. Debe de haber salido justo cuando Alfredo estacionó frente a la puerta, por eso no lo vimos.

—No, no creo. La camioneta no tapó la puerta del todo, se veía una parte. Y te juro que por ahí no salió —insistió Camila.

—Entonces tiene que haber salido del galpón...

—¿Qué les pasa a ustedes dos que hablan tan bajito? —preguntó Eulalia, mientras doblaba el mantel.

—Me imagino que no se les ocurrirá meterse en la pileta con esta lluvia, ¿no? —dijo mi tía.

—Vamos a jugar al chinchón —contestó Camila.

—Muy bien. Así me gusta —dijo Eulalia—. Después de la siesta les hago los buñuelos de manzana.

Se fueron las dos a dormir y Camila puso las cartas sobre la mesa. Yo seguía mirando por la ventana. ¿Qué habría estado haciendo el primo de Alfredo en el galpón?

—Dale, ¿jugamos? —dijo Camila.

—No. Tengo una idea mejor... El galpón...

Camila no necesitó explicaciones. Dejó las cartas y se acercó a la ventana.

—Tenemos que apurarnos —dijo—. No sea cosa que Alfredo vuelva pronto.

Tristán —que no sé cómo hace, pero entiende todo— nos miró, se sacudió, bostezó, se estiró (primero, con las dos patas delanteras juntas; después, con las de atrás, de a una por vez) y se paró entre nosotros dos, moviendo la cola.

Fuimos los tres al galpón. Llovía poco. Según mi tía, a la noche iba a estar despejado y mañana tendríamos día de pileta. Ni bien entramos, Tristán fue hacia el fondo y se acostó delante de un placard de dos puertas. Yo no creía que íbamos a descubrir algo importante, solamente quería revolver un poco. Lo que me molestaba era que Alfredo no me dejara entrar. ¿Por qué tanto misterio? Camila se puso a investigar en el baúl. Yo me entretuve un rato en la mesa de carpintero. Me gustan mucho las herramientas. Había muchísimas, y todas ordenadas según la clase y el tamaño, sobre un tablero de madera clavado en la pared. Cada herramienta colgaba de un clavo. Había dos martillos grandes, uno al lado del otro, y en la misma fila, tres clavos vacíos; después, cuatro destornilladores y, entre medio, dos clavos vacíos. Pensé que las herramientas faltantes eran las que tenía el loco para destruir la torre. No entendía por qué se lo permitían.

—¡Tomás, vení! ¡Mirá lo que encontré!

Me di vuelta y de un salto llegué al baúl. Vi que estaba lleno de frazadas y pulóveres. Camila tenía un diario abierto entre las manos.

—Leé esto —me dijo, dándome el diario—. Yo voy a revisar éste —y se sentó en el piso con otro diario.

Yo también me senté y empecé a leer: «El asesino es el mayordomo», era el título de la noticia; más abajo había una foto de un hombre viejo, de ojos tristes; debajo de la foto decía: *El matemático y filántropo Lorenzo Medina, dos meses antes de su muerte, en la inauguración de la sala de primeros auxilios de Brandsen, una de sus últimas donaciones.*

—¡El señor Lorenzo! —dije, en voz alta.

—¡Shhh! Ya lo vi. Dejame leer —dijo Camila.

Seguí con mi diario: *Según lo adelantado en nuestra edición del día de ayer, Pascual Vicente Ferraro, mayordomo de la mansión de Brandsen, sería el autor del homicidio del matemático Lorenzo Medina, propietario de dicha mansión, en la que casi vivía recluido desde la muerte de su esposa, ocurrida tres años atrás. Según lo declarado por sus únicos familiares y herederos de su vasta fortuna —Enrique Andreotti, su sobrino y María Aurelia Rosales, esposa de éste— fueron ellos quienes hallaron el cadáver de su tío en el escritorio de la planta baja de la lujosa vivienda, lugar donde el anciano solía pasar algunas horas de la noche. Los Andreotti, que estaban viviendo temporariamente en la casa de su tío, habían salido esa noche a cenar con unos amigos y al regresar, en horas de la madrugada, advirtieron que una de las puertas vidrieras de la mansión, que comunican el gran salón con los jardines, estaba rota. Al entrar, descubrieron nuevos signos de violencia: lámparas tiradas en el piso, cuadros descolgados de las paredes y, lo que les resultó más alarmante, la luz del escritorio encendida. Al dirigirse hacia allí, se encontraron con el macabro hallazgo: el señor Medina yacía en el piso salvajemente asesinado a golpes de martillo. Esto último se supo horas más tarde, como resultado de la autopsia. Enseguida advirtieron que la caja fuerte donde el matemático guardaba las joyas de su esposa estaba abierta y vacía. Si bien al comienzo de la investigación se pensó que un extraño había tomado la casa por asalto —a ello conducían las evidencias— casi inmediatamente las sospechas se centraron en el núcleo familiar, ya que el atacante debía conocer la costumbre del dueño de la casa de contemplar periódicamente las joyas de su esposa fallecida. Efectivamente, tras el análisis de las huellas digitales, se comprobó que la caja había sido abierta por el matemático. Según la policía, el desorden de la sala fue un torpe intento de hacer que las sospechas recayeran en un extraño. Más tarde, al hallarse el arma asesina —un martillo procedente del galpón de herramientas de la mansión— se supo que tenía huellas dactilares del mayordomo. La situación de Pascual Vicente Ferraro se*

agravó aun más al descubrirse las joyas robadas en su habitación, torpemente ocultas entre la ropa de cama. Para todo esto, el asesino ya se había dado a la fuga, encontrándose aún —al cierre de nuestra edición— prófugo de la justicia.

—Entonces al señor Lorenzo lo mató el mayordomo... —dije—. ¿Ya lo habrán agarrado?

—No —dijo Camila—. Escucha lo que dice en este diario: Como si se lo hubiera tragado la tierra. A un año del crimen del matemático, sigue prófugo su asesino, el mayordomo Pascual Vicente Ferraro. No hay indicios de su paradero, a pesar de que se lo busca intensamente por todo el país y en el extranjero, a través de Interpol. Se cree que puede haber salido al exterior a través de la frontera con Brasil.



—¿Hay alguna foto?

—Sí, mirá.

Era una foto no muy grande, de la cara, nada más. No parecía la cara de un asesino. No supe cuántos años calcularle, pero se veía mayor que Manuel. Lo que más me llamaba la atención eran los ojos. Me parecieron demasiado claros, casi blancos.

—No hay más diarios —dijo Camila—. ¿Seguirá libre el mayordomo?

Le iba a decir que no tenía la menor idea, cuando de golpe oímos el ruido de un motor.

—¡Alfredo ya volvió! —gritó Camila.

Guardamos los diarios en el baúl y espiamos por la puerta. La camioneta estaba estacionada frente al garaje. Ya no llovía. Tristán salió del galpón y fue corriendo hacia la camioneta. Camila y yo corrimos a la cocina. Antes de entrar, vimos a Alfredo y al primo que bajaban plantas de la camioneta. Ellos no nos vieron.

Nada mejor que un té de yuyos

Esa noche me dejaron sin cenar. Los buñuelos de manzana de Eulalia eran tan, pero tan ricos, que ni siquiera pude contar los que comí. Y tampoco los que quedaron, porque no quedó ninguno. A la hora de cenar, me dolía la panza. No le quería decir a mi tía, para que no me retara; ya había estado toda la tarde amenazándome con devolverme a mi casa si seguía comiendo buñuelos. No sé cómo hizo, pero se dio cuenta igual. Me obligó a tomar un té de yuyos y me mandó a la cama. Leí un rato y me quedé dormido. Tuve una pesadilla por culpa de mi panza. Soñé que mi tía y Eulalia eran dos brujas y que cocinaban sopa de yuyos en un caldero enorme, que me obligaban a tomar de un trago. Me desperté con ganas de ir al baño. Se ve que el té de yuyos me hizo bien, porque cuando salí del baño, ya no sólo había dejado de dolerme la panza, sino que, además, me sentía reliviano y con ganas de comer otra vez. Pensé en bajar a la cocina para hacerme un sandwichito —algo livianito, por las dudas— pero me detuvieron unas voces que venían de la galería. Miré el reloj: eran las doce y media. Pegué la oreja a la celosía.

—¿Todavía duerme Lalo? —era la voz de mi tía.

—Sí. Está muy cansado. Más que nada, desanimado —ahora era la voz de Alfredo.

—Queda muy poco tiempo. La semana que viene ya están de vuelta... —siguió Eulalia.

—Sí, pero antes llegan Mónica y Natalia, así que tampoco se va a poder hacer mucho —dijo mi tía.

Mónica y Natalia eran las dos mucamas, que estaban por volver de sus vacaciones.

—Ya hay que tener bastante cuidado con Manuel, no quiero ni pensar cuando lleguen las chicas —dijo Alfredo.

—¿Te parece que Manuel sospecha? —preguntó Eulalia.

—No, para nada. Ese sólo piensa en la novia. Pero igual hay que tener cuidado —dijo Alfredo.

Otra vez con el cansancio de Lalo. ¿Qué le pasaba al loco? ¿A lo mejor Manuel no sabía que estaba encerrado en la torre? Yo no entendía nada; lo que sí me quedaba claro era que mi tía, Eulalia y Alfredo estaban complotando a espaldas de Manuel y

las mucamas. Los tres tenían un secreto, que se relacionaba con el loco de la torre.

A lo lejos se oyó el ruido de un motor.

—Ahí viene —dijo Alfredo—. Yo me voy a dormir.

—Nosotras, también —dijo mi tía.

Escuché el ruido de la puerta de la cocina. Vi a Alfredo que entraba en su casa. Y de golpe, se me ocurrió pensar que a lo mejor a mi tía se le daba por entrar en mi habitación para ver si yo seguía vivo... Me metí en la cama de un salto y cerré los ojos, justo cuando se abría la puerta. Mi tía se acercó y me tocó la frente.

—Duerme como un angelito —dijo en voz baja.

—Va a ser mejor que mañana haga dieta —oí la voz de Eulalia, increíblemente suave.

Se fueron las dos y volé a la ventana. Manuel salía del garaje, silbando bajito. Oí otra vez el ruido de la puerta de la cocina. Me quedé mirando por la ventana. Tenía hambre, pero no iba a bajar hasta estar seguro de que Manuel estuviera en su cuarto. Eso que había dicho Eulalia de la dieta me tenía preocupado. A ver si querían alimentarme a té de yuyos. Manuel pasó silbando junto a mi puerta. Lo oí cerrar la puerta de su habitación. Decidí esperar un poco más, hasta que se acostara, y me quedé mirando por la ventana. El cielo estaba despejado. Había montones de estrellas. La luna, no sé dónde andaría. No la vi. Me distraje un momento mirando el cielo y cuando volví a mirar la casa de Alfredo, vi que salía Tristán y la puerta se cerraba detrás de él. El farolito de la entrada estaba apagado. Tampoco se veían luces en las ventanas. Tristán olía el pasto, yendo y viniendo de un lado para otro. Levantó la pata en un rosal y en un pino. Se sacudió, como hace cuando sale de la pileta y se sentó junto a la puerta del galpón. ¿Qué hacía Tristán afuera, tan tarde? De repente, se abrió la puerta del galpón y Tristán entró. ¿Quién lo hizo entrar? Alfredo estaba en su casa... La puerta del galpón quedó abierta. Tristán no volvió a salir. Seguí mirando. No sé qué esperaba ver, pero no podía moverme de la ventana. Menos mal que no me moví. Alguien salió del galpón. Era el primo de Alfredo.



—Te digo que sí, Camila. Era él. Lo vi bien. Llevaba el gorrito de Boca y el bermudas. Salió del galpón y entró en la cocina. Al rato se empezaron a oír los golpes en la torre.

Camila se quedó pensando, mientras tomaba de a sorbitos un vaso enorme de leche con cacao. Yo tuve que conformarme con una taza de té con limón y una tostada sin nada encima, después de rogarle a mi tía que no volviera a darme los yuyos porque ya me sentía bien. Nos habíamos levantado temprano para aprovechar la pileta; había mucho sol y hacía calor.

—¿Entonces el loco es el primo de Alfredo? —preguntó Camila.

—Creo que el loco, el primo y ese Lalo del que hablan con tanto misterio son la misma persona.

—Y mi abuela, tu tía y Alfredo saben toda la verdad.

—Y no quieren que Manuel, las mucamas ni nosotros nos enteremos de nada.

Terminamos de desayunar —Camila su desayuno como la gente y yo el mío, miserable— y nos fuimos a la pileta.

—Yo creo que tenemos que volver al galpón —le dije a Camila.

—¿Para qué?

—No sé, pero desde que Alfredo casi me echó, que vengo pensando que esconde algo grande.

—Al primo, por ejemplo.

—Sí, pero... ¿dónde?

—En el baúl —dijo Camila y empezó a reír— se como si hubiera hecho un gran

chiste.

No le contesté. Me enojé. Yo no tenía ganas de hacer bromas con algo tan serio como el asunto del primo misterioso y el galpón y el loco de la torre. Me zambullí y la dejé riéndose sola. Ahí nomás empecé a elaborar un plan para entrar otra vez al galpón.

Al mediodía siguió la dieta. Me dieron un churrasco insignificante con una papa hervida. Y de postre, media manzana asada. Por las dudas, no me quejé. Mi tía y Eulalia me miraban muy serias, como preparadas para mandarme a mi casa ante la primera queja. Yo sabía muy bien lo que tenía que hacer.

—Bueno —dije, mientras levantaban la mesa—, me voy a dormir la siesta.

—Me parece muy bien —dijo mi tía—. Dormís dos horitas, descansás bien y de paso hacés la digestión.

No sé de qué digestión me hablaba, pero no le pregunté.

—Si Tomás se va a dormir, vos también —le dijo Eulalia a Camila.

—Yo no tengo sueño —contestó Camila, mirándome de reojo y con odio.

—No importa —insistió Eulalia—. Acostate; vas a descansar igual, aunque no duermas.

Esta vez Camila no contestó; pero estaba enojada, me di cuenta. Agarró el bolso de las barbies, que estaba colgado en el respaldo de una silla y subió a su habitación. Yo iba a hacer lo mismo, cuando escuché a Manuel, que decía:

—Me voy a la casa de Beatriz. Le prometí que la iba a acompañar a hacer unas compras. Llevo la camioneta. Aprovecho ahora, porque ni bien vuelvan los patrones, no voy a poder salir tanto.

Eulalia lavaba los platos y mi tía los secaba. Alfredo seguía sentado, con una taza de café sobre la mesa. Cuando Manuel habló, los tres intercambiaron miradas cómplices. Yo me hacía el disimulado con un diario que estaba abierto en la mesada. Estoy seguro de que nadie me prestó atención.

—Me voy a dormir —dijo Alfredo, y salió de la cocina junto con Manuel.

Parece que en ese momento, mi tía y Eulalia se dieron cuenta de que yo todavía estaba ahí, porque me miraron las dos a la vez, como pidiéndome explicaciones.

—Me muero de sueño —dije bostezando—. Quería leer el diario, pero se me cierran los ojos...

No esperé respuesta y subí a mi habitación. Me atrincheré en la ventana. Con las celosías cerradas, no había peligro de que alguien me viera de afuera, y yo podía ver perfectamente por las hendidias. La puerta de la casa de Alfredo estaba cerrada; la del galpón, también. Tristán no se veía por ningún lado; seguro que se había ido a dormir con Alfredo. Oí un ruido de motor y enseguida vi pasar a Manuel manejando la camioneta hacia el portón de rejas. Me acordé de las miradas que intercambiaron mi tía, Eulalia y Alfredo en la cocina. ¿En qué andarían esos tres? Me quedé un rato

mirando las copas de los árboles que estaban detrás de la casa y el galpón; las hojas se movían apenas, brillantes, con todo el sol encima; era como si temblaran. Me dieron ganas de salir, de tirarme en el pasto, de ir a la pileta. De repente oí unas voces. Mi tía y Eulalia subían por la escalera. Muy bien. Era lo que estaba esperando. Pegué la oreja a la puerta. Las oí entrar en sus habitaciones. Esperé unos minutos y salí.

La heladera, para mí solo; el armario de puertas de vidrio, para mí solo. En la heladera estaban las dos porciones de empanada gallega que habían sobrado del almuerzo, y en el armario, las tres medialunas que habían quedado del desayuno. Me serví un vaso de coca cola, puse todo en una bandeja y me fui a sentar al lado de la ventana. De ningún modo iba a permitir que me mataran de hambre. Estaba terminando la primera porción de empanada gallega, cuando vi que se abría la puerta del galpón. Alfredo había entrado en su casa; me acordaba perfectamente. Me dio una especie de escalofrío en la panza; a ver si después de todo, mi tía y Eulalia tenían razón con eso de que como demasiado. Me quedé quieto, mirando a ver quién salía. La puerta se abrió más y el primo de Alfredo apareció de cuerpo entero, con el gorrito de Boca y el bermudas. Por un segundo no supe qué hacer. Quería salir corriendo, pero no podía moverme. Me volvió el escalofrío de la panza. El primo de Alfredo venía hacia la cocina. Me pareció más viejo que antes. Caminaba despacio, medio encorvado. Cuando faltaban apenas unos metros para que llegara a la puerta, agarré la bandeja y subí corriendo la escalera. Abrí la puerta de mi habitación, metí la bandeja y me acosté en el piso con medio cuerpo adentro y la otra mitad afuera, espionando para abajo. Desde donde estaba se veía perfectamente la parte de la cocina que daba hacia la puerta vaivén. O sea que si el primo iba a la torre, yo lo vería pasar. Me pegué contra el piso y casi ni respiré. El escalofrío de la panza me vino otra vez. Pensé que era por los nervios de la situación y no por la comida y me quedé tranquilo; todavía me faltaba comer un pedazo de empanada gallega y las medialunas. El primo de Alfredo pasó delante de mis ojos (o debajo, no sé), caminando igual de lento que cuando salió del galpón. Oí el ruido de la puerta vaivén y entré a mi habitación. Tenía que apurarme. Comí lo que me quedaba y bajé otra vez a la cocina. Antes de salir, abrí la puerta del montaplatos y metí la cabeza adentro. Unos golpes suaves y regulares, con breves intervalos de silencio, llegaban por el hueco.

El galpón de las sorpresas

Yo no sabía qué tenía que buscar, pero estaba casi seguro de que algo iba a encontrar. Eso sí, no me imaginaba por dónde empezar. Al fin me decidí, hice lo mismo que hizo Camila la primera vez que entramos al galpón, fui directo al baúl. Ni bien lo abrí, sentí olor a naftalina; antes no me había dado cuenta. Me acordé del placard de mi abuela, que tiene toda la ropa de invierno llena de bolitas de naftalina. Me gusta el olor. Cuando era chiquito me metí una de esas bolitas en la nariz y tuvieron que llevarme al hospital. Yo no me acuerdo, pero mi abuela me lo cuenta siempre. Saqué los diarios. Quería ver otra vez la cara del mayordomo asesino.

Era una foto en colores no muy grande, pero se veía bastante bien. La cara del mayordomo era común, como la de cualquier hombre que uno puede encontrar por la calle. Pero los ojos eran tan claros... No se distinguía muy bien si eran celestes o grises. Parecían casi blancos. Eso me impresionaba un poco. Dejé los diarios y me puse a revolver la ropa. Debajo de las frazadas y los pulóveres, encontré una bolsa de supermercado, doblada. La saqué. Parecía vacía. Antes de abrirla, la tanteé un poco. Había algo blando adentro, como algodón. La abrí y miré. Era una especie de algodón, pero brillante. Metí la mano y lo saqué.

—Es una peluca de Papá Noel.

Era la voz de Camila. Casi me mata del susto. Estaba parada detrás de mí.

—¿Qué hacés acá, nena?

—Te vi por la ventana de mi cuarto. Podrías haberme invitado, ¿no?

—Creí que el galpón no te interesaba... —le dije, haciéndome el indiferente.

No me dijo nada, pero me sacó la peluca de la mano y algo se cayó al suelo. Lo levanté. Era una barba con bigotes.

—Papá Noel completo —dijo Camila—. Falta el traje rojo, nada más.

Me puse la barba y Camila se puso la peluca; era graciosa, con rulos. Los bigotes tenían una cinta pegajosa del lado de adentro; ya me los estaba por pegar debajo de la nariz, cuando se abrió la puerta del galpón.

El hombre se quedó quieto, duro, con la mano sobre el picaporte y una pierna delante de la otra, como para seguir avanzando; pero no. Ahí estaba, mirándonos, muy serio. De un manotón, Camila se sacó la peluca. Yo la imité y me arranqué la barba. Nosotros también nos quedamos quietos. Yo no podía dejar de mirarlo. Sentí

otra vez el escalofrío en la panza. Ahí terminé de comprender que la comida no tenía nada que ver. Eran nervios. Era miedo. Era pánico. Terror. El hombre nos miraba muy serio. Yo tenía ganas de correr, de gritar, qué sé yo, pero no podía hacer nada. Camila tampoco se movía. Igual, aunque hubiéramos podido correr, no habríamos ido a ningún lugar; el viejo seguía parado, impidiéndonos el paso por la única salida posible. Yo había dejado los diarios en el piso; cuando me avivé, traté de empujarlos hacia atrás con un pie. El movimiento fue mínimo, pero el viejo se dio cuenta. Cuando bajó la vista, pensé: ahora nos mata. Pero volvió a mirarnos y algo había cambiado: tenía los ojos húmedos. Fue muy extraño, porque esos ojos celestes, tan claros que casi parecían blancos, ya no me impresionaban como en la foto del diario.

—Yo no soy un asesino —dijo, con una voz muy suave, que me pareció reconocer.

Creo que Camila se avivó en ese momento, porque abrió la boca como para decir algo y se agachó a levantar los diarios.

—E... el... mayordomo... —dijo, señalando la foto del diario.

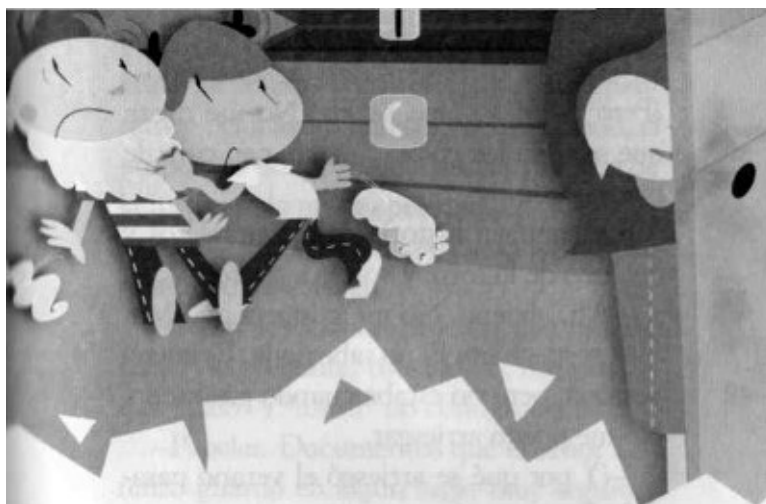
—Sí, pero no tengan miedo. Yo no maté al señor Lorenzo.

Sus ojos celestes seguían húmedos. Y cansados; igual que la voz.

—Pero entonces, ¿quién lo mató? —preguntó Camila.

—Por ahora no lo voy a decir. Yo sé quién lo mató, pero no tengo pruebas para demostrarlo.

—Y mi tía y Eulalia y Alfredo... —empecé.



—Ellos también saben —me interrumpió—. Y me ayudan a buscar esas pruebas. Si no fuera por ellos, no sé qué habría sido de mí.

—Estaría preso —dijo Camila.

—Sí. Injustamente. Y jamás podría demostrar mi inocencia. Herminia, Eulalia y Alfredo siempre creyeron en mí. Ellos me ayudaron a escapar cuando vino la policía a buscarme. Después consiguieron un lugar para esconderme, me dieron de comer y, sobre todo, me dieron ánimos para seguir adelante.

—¿Para buscar las pruebas? —pregunté.

—Eso mismo. Las pruebas...

—¿Por eso está rompiendo toda la torre? —preguntó Camila.

—No, no la rompo —dijo él, sonriendo—. ¿Pero ustedes cómo saben? No me digan que se oyen los golpes... —dijo, con cara de preocupado.

Le conté la historia del montaplatos y del loco de la torre y volvió a sonreír.

—Ah... bueno. No me gustaría que Manuel sospechara. El no sabe nada. Es buena persona, pero no estaba cuando pasó todo. No me puedo arriesgar.

—¿Y por qué se arriesgó el verano pasado? —le pregunté.

Se sorprendió y me miró como si tratara de recordar algo. Fue un segundo; enseguida sonrió.

—¿Sabés qué pasa? Es muy aburrido estar escondido y no poder ocuparse de nada. Por eso, cada vez que los dueños viajaban y Manuel y las mucamas tenían vacaciones, yo aprovechaba para salir y trabajar un poco. Así me distraía y de paso les daba una mano a Herminia y Eulalia con las tareas de la casa, y a Alfredo con el jardín.

—¿De qué hablan? —preguntó Camila.

—Del mayordomo del verano pasado. ¿Te acordás que te conté?

—El de pelo blanco y barba... —dijo Camila, mirando la peluca, que todavía sostenía entre las manos—. Entonces... —siguió, pensativa—, el mayordomo del verano pasado, el primo de Alfredo, Lalo, Pascual y el loco de la torre son la misma persona...

—Así es. Pueden llamarme Lalo, simplemente —dijo, sonriendo.

—¿Y cuáles son las pruebas que buscás, Lalo? —le pregunté, tuteándolo; me pareció que «Lalo» y «usted» no combinaban.

—Papeles. Documentos que el señor Lorenzo guardó en algún lugar muy seguro y que, si los encuentro, van a servir para demostrar mi inocencia.

—¿Qué papeles? —pregunté.

—Papeles con firmas de escribanos y abogados, donde consta que el señor Lorenzo dejaba toda su fortuna a una institución benéfica para que hicieran un hogar de niños. Y el hogar iba a funcionar en esta misma casa.

—¡Está clarísimo! —dije—. Lo mató la familia para quedarse con la herencia.

—Exactamente —dijo Lalo, mirándome con admiración—. ¿Y vos, cómo sabés?

—Porque leo novelas de detectives, y sé muy bien que en los casos en que hay herencias de por medio, la familia siempre tiene algo que ver.

—Como se darán cuenta, el caso es sencillo. La única familia del señor Lorenzo son los dueños actuales: el sobrino y la esposa. Un día aparecieron en la casa, diciendo que se iban a quedar una semana y no se fueron más.

—¿Y las joyas que encontraron en tu habitación?

—Las pusieron ellos. Pensaron en todo. Hasta el martillo con que lo mataron tenía mis huellas. Yo lo había usado para arreglar un zócalo, en el comedor. Ellos mismos me habían pedido que hiciera el trabajo. ¿Se dan cuenta? Tenían todo planeado. Además, con la colaboración del abogado y el escribano hicieron desaparecer los documentos de la donación.

—Pero, entonces, ¿cuáles son los papeles que estás buscando? —pregunté.

—Las copias de esos documentos y un cuaderno, una especie de diario, donde el señor Lorenzo, que desconfiaba de sus sobrinos, anotaba todo.

—¿Cómo sabes que desconfiaba? —preguntó Camila.

—Porque él mismo me lo dijo. Por eso ocultó todo muy bien; lo que no me dijo es dónde. Ya buscamos en toda la casa, pero yo estoy seguro de que están en la torre. Era su lugar preferido. Pasaba casi todo el día ahí.

—¿Y le subían la comida por el montaplatos? —preguntó Camila.

—Sí. Muchas veces.

Nos quedamos todos callados unos segundos. Estuve a punto de preguntar qué pasaría si no encontraba los papeles. Pero no pregunté nada. Lalo tenía los ojos tan tristes que me dio no sé qué. Ya se sabía que la única posibilidad de demostrar su inocencia eran esos papeles y el cuaderno, y mi tía me había dicho que los dueños iban a volver de su viaje dentro de una semana. Quedaba tan poco tiempo...

—Tengo una duda... —dijo Camila, de pronto—. ¿Todos estos días estuviste viviendo acá?

—Así es. Aquí mismo —dijo Lalo, como si se refiriera al galpón.

—¿Pero dónde? —pregunté.

Lalo sonrió y nos llevó hacia la mesa de carpintero. Debajo de la mesa había un viejo catre de lona plegado y un colchón de gomaespuma enrollado y atado con una correa.

—El baño está del otro lado —dijo, señalando un placard de dos puertas, en la pared de enfrente.

Llegó hasta el placar, abrió una puerta, se metió adentro y desapareció. Camila y yo nos miramos sin saber qué decir. El placard estaba dividido en dos partes. En un costado había estantes con latas de pintura, cepillos, pinceles y un montón de cosas más. Y en la otra mitad había un barral con un piloto y un sobretodo colgados y perchas vacías. De golpe se abrió el panel de madera del fondo y asomó la cara de Lalo entre el piloto y el sobretodo.

—Además de un excelente jardinero, Alfredo es carpintero, albañil y todo lo que se les ocurra. Esto fue idea de él. Vengan... —dijo, invitándonos a pasar del otro lado.

Aparecimos en la casa de Alfredo. El fondo del placard no era más que otra puerta que se abría del lado de la casa. Increíble.

—Así tengo más libertad de movimiento —dijo—. Ingenioso, ¿no?

Esa noche estuvo buenísima. Manuel se quedó en la casa de la novia hasta el otro día y Lalo comió con nosotros. El mismo les contó a los demás que Camila y yo sabíamos todo. Eulalia nos hizo jurar que no íbamos a abrir la boca delante de nadie. Mi tía se agarró la cabeza y dijo que seguro que todo había sido obra mía. Alfredo no dijo nada, pero me miraba de reojo. Por suerte, Lalo los tranquilizó a los tres y pudimos comer en paz.

Nos fuimos a dormir a eso de las doce. Antes de subir a la torre, Lalo fue hasta el armario de puertas de vidrio y sacó dos tortitas negras. Me guiñó un ojo.

—Trabajar de noche me da hambre —dijo.

Lo único que les quedaba por revisar era una pared recubierta por paneles de madera.

—Es la última esperanza —había dicho Lalo, durante la cena—. Si los papeles no están ahí, no sé dónde podrán estar. Ya dimos vuelta la torre del derecho y del revés.

—Hay que tener fe —le dijo Eulalia—. Tengo el presentimiento de que esta noche los encuentran.

Me costó trabajo dormirme. Leí un rato, pero no me concentraba. Me fui a mirar por la ventana. El cielo estaba repleto de estrellas. Mi tía había dicho que mañana iba a hacer mucho calor. Mejor, así nos pasábamos el día entero en la pileta. No podía dejar de pensar en Lalo y esos papeles que buscaba. ¿Y si no estaban detrás de los paneles de madera? Me acosté y traté de leer otra vez. No pude. Dejé el libro y apagué la luz. Volví a pensar en el escondite de los papeles. Me quedé dormido mientras hacía una lista, mentalmente, de los lugares posibles. Soñé que subía a la torre en el montaplatos.

Un día agitado

Me levanté después de las diez. Cuando bajé a la cocina, Camila estaba vistiendo a las barbies.

—Dale, apúrate a desayunar así vamos a la pileta —me dijo.

—¿Dónde están los demás?

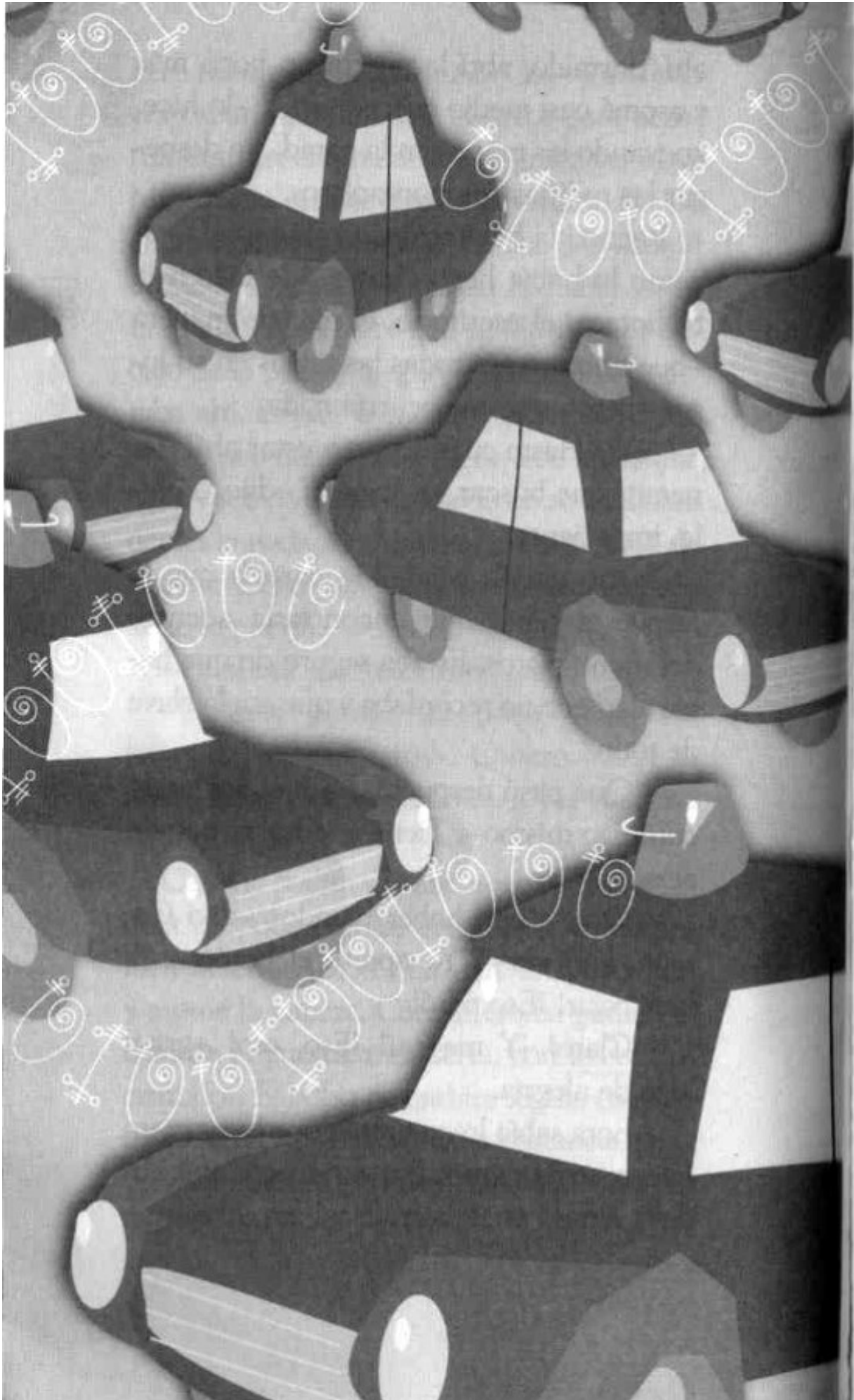
—Mi abuela y tu tía están en el lavadero. Lalo y Alfredo, creo que duermen. Manuel todavía no vino —me informó Camila, mientras le ponía a una Barbie un horroroso vestido de fiesta lleno de tules y cintas.

—¿Habrán encontrado los papeles, Lalo y Alfredo?

—No. Mi abuela me contó que sacaron todos los paneles de madera y no encontraron nada.

—Pobre Lalo. ¿Dónde buscará ahora?

Creo que Camila estaba por decir algo, pero el sonido de una sirena que empezó a oírse cada vez más fuerte se lo impidió. No era una, eran como veinte sirenas. Corrimos a la ventana. Cuatro patrulleros estacionaban frente a la casa de Alfredo. Un poco más atrás, frenaba un auto rojo que manejaba una mujer; a su lado había un hombre. De los patrulleros bajaron un montón de policías —hombres y mujeres— con armas. Algunos entraron en la casa de Alfredo y otros se quedaron afuera, apuntando con las armas hacia la casa. El hombre y la mujer del auto rojo no bajaron. Eulalia y mi tía aparecieron en la escena; venían del lavadero. Una mujer policía les hizo levantar los brazos, apuntando con su pistola.



—Alguien denunció a Lalo —dije.

—Aquellos que están allá son los dueños —dijo Camila, señalando al hombre y la mujer que bajaban del auto rojo—. Los vi una vez que vine a visitar a mi abuela.

En ese momento apareció Manuel con la camioneta. Un policía le apuntó con la pistola y lo hizo bajar.

—Tenemos que subir a la torre antes de que vengan a buscarnos. Es la última oportunidad de encontrar los papeles —dije.

—Vamos —dijo Camila, y voló hasta la mesa para juntar todas sus barbies y meterlas en el bolso.

Yo me quedé un segundo inmóvil. Fue algo raro, porque había pensado correr con Camila hacia el comedor y subir por la escalera. Pero de golpe me vi subiendo por el montaplatos, tal como lo había soñado. Era lo único que recordaba del sueño: yo mismo, subiendo como la otra vez. Recobré el movimiento y agarré una silla; la puse debajo del montaplatos, abrí la puerta y me metí adentro. Camila me miraba con la boca abierta y el bolso de barbies colgado del hombro.

—Subime —le dije—. Vos andá por la escalera.

Cuando el montaplatos arrancó, cerré los ojos y traté de recordar, paso a paso, la primera vez que había subido. Yo sentía que mi sueño era una especie de aviso, un presentimiento, qué sé yo. Me concentré en el ruido del motor. Era como un zumbido. Pero no me decía nada. Abrí los ojos. Todo era oscuridad. Los dejé abiertos para acostumbrarme; en una de éstas lograba ver algo. Miré hacia arriba. Seguía la oscuridad. De golpe, apareció una raya de luz. Me acordé de que la otra vez también la había visto. Era la luz de la torre que se filtraba por debajo de la puerta. Seguro que Camila ya estaba ahí. El olor a encierro y humedad me vino como una oleada. La raya de luz estaba cada vez más cerca y todavía no se me había ocurrido nada. De repente, el motor dejó de zumbir y el montaplatos se detuvo. Camila abrió la puerta.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo.

—Dejame pensar un poco —dije, sin bajar del montaplatos—. Quiero hacer lo mismo que hice la otra vez, a ver si se me ocurre algo.

Cerré la puerta y la abrí apenas, empujándola un poco con las palmas de las manos bien abiertas. Espié. La abrí un poco más y asomé la cabeza. Camila estaba parada al lado de la puerta, muy seria, con los brazos cruzados. El bolso de barbies seguía colgado de su hombro. Miré para los costados.

—Lalo dormía en ese sillón —le dije, señalando hacia mi derecha—. Cuando lo vi ahí, dormido, abrí la puerta un poco más y asomé casi medio cuerpo; así... —lo hice, apoyando las manos en la pared, sin despegar las rodillas del montaplatos.

Recorrí la habitación con la mirada, tal como lo había hecho antes. Me fijé en la biblioteca, el escritorio, el piso de madera —que ahora tenía todas las tablas en su lugar— pero no se me ocurría nada.

—¿Y? ¿Hasta cuándo vas a estar ahí? Tenemos que buscar los papeles —dijo Camila, impaciente.

Yo no quería bajar. Me parecía que la respuesta tenía que encontrarla adentro del montaplatos. Estaba seguro de que había algo que no recordaba y que era la clave de todo.

—¿Qué pasó después...? —dije, hablando conmigo mismo—. Tiene que haber pasado algo...

—¿Qué puede haber pasado? —dijo Camila, enojada—. ¡Yo apreté el botón y te hice bajar! ¡Eso pasó!

—¡Claro! ¡Y me caí! ¡Eso, eso! —grité, loco de alegría.

Ahora sabía lo que tenía que buscar: un hueco en la pared. Era eso lo que me andaba dando vueltas en la cabeza. El mismo hueco donde había metido la mano, al tratar de apoyarme en la pared para no caerme cuando el montaplatos empezó a bajar.

—Tiene que estar por acá —dije, tanteando la pared, a mi izquierda—. Era de este lado... ¡Sí! ¡Acá está! ¡Lo encontré!

Metí la mano. Nada. Vinieron cucarachas y arañas a mi mente, pero ni lo mencioné. Metí casi medio brazo y toqué algo que me pareció una manija. La agarré y tiré, despacio. Saqué una especie de caja o valijita de cuero duro, larga y no muy alta, con una tapa cerrada así nomás, sin llave ni nada. Tenía olor a humedad. La abrimos. Estaba llena de papeles; algunos, doblados en dos; otros, enrollados y también había un cuaderno de tapas negras. Abrí uno de los rollos y leí; decía: *título de propiedad*. Camila hojeaba el cuaderno.

—Es un diario —dijo—. Escuchá esto: *25 de agosto. Llegaron hoy. Tuve que recibirlos. No confío en ellos, sé que están en la ruina y quieren mi dinero. Sólo espero que se vayan pronto. 30 de agosto. La desvergonzada de María Aurelia tuvo el descaro de pedirme prestado el collar de esmeraldas de Eloísa. Por supuesto que no se lo di. Si no se van pronto, los voy a echar. 3 de septiembre...*

—No hay tiempo —la interrumpí—. Tenemos que salir de acá. Deben estar buscándonos.

Camila volvió a la realidad. Cerró el cuaderno y lo dejó en la caja.

—¿Cómo vamos a salir? —dijo—. ¿Con la caja en la mano? ¿Y si los dueños nos ven? Pueden sospechar...

Sí, era muy arriesgado. Podían acusarnos de robar la caja y sacárnosla.

—Voy a espiar por la escalera —dijo Camila—. A lo mejor se fueron todos y podemos escapar.

Volvió enseguida. Estaba asustadísima.

—Vi a los dueños en la sala. Me parece que nos están buscando. Seguro que van a subir.

Había que esconder los papeles, pero ¿dónde? Por un momento pensé que

podíamos dejarlos en el mismo sitio donde los encontramos y después avisar a la policía para que vinieran a buscarlos. ¿Pero si no nos creían? No podíamos correr ese riesgo. Teníamos que llevarlos con nosotros; era más seguro. Pero ¿cómo?; ¿y si los dueños se daban cuenta? Ni siquiera podíamos llevarlos ocultos entre la ropa: estábamos en malla. Camila se asomó otra vez a la puerta.

—Están por subir, las voces se oyen más cerca... —dijo, y se quedó parada al lado de la puerta, mirándome con cara de terror y... con el bolso de barbies colgado del hombro. El bolso de barbies...

—Confiá en mí. Yo estudio teatro —me dijo Camila.

Estábamos los dos sentados en el sillón, donde la otra vez había visto a Lalo dormido. Camila seguía con el bolso colgado del hombro, pero ahora lo apretaba fuerte contra el pecho. Nos agarrábamos de las manos. La puerta del montaplatos estaba cerrada y la caja de los papeles, vacía, adentro.

—Vos poné cara de terror —me dijo Camila, bajito—. De lo demás, me encargo yo.

Preparé mi cara de terror; no me costó ningún trabajo. Las voces estaban ahí nomás, del otro lado de la puerta. De repente, se callaron y la puerta se abrió con un golpe seco.

—¡No nos maten, por favor! —gritó Camila—. ¡Somos inocentes! ¡Socorrooo! ¡Socorrooo! —mientras tanto me retorció el brazo y se acurrucaba junto a mí, hundiéndome el bolso de barbies en las costillas.

—¿Quién los va a matar? —dijo el sobrino del señor Lorenzo, sorprendido por los gritos ridículos de Camila.

—¿Se puede saber qué hacen acá? —preguntó la esposa, que tenía una cara de bruja impresionante.

—¡Socorrooo...! —volvió a gritar Camila.

—¡Nadie les va a hacer nada! —dijo la bruja, bastante nerviosa y avanzando hacia nosotros.

—¡Socorrooo...! —insistió Camila.

En ese momento, una mujer policía llegó corriendo, con una pistola en la mano. Cuando nos vio, la guardó.

—¿Qué pasa...? —preguntó, sorprendida.

—¡Somos inocentes! —volvió a gritar Camila—. ¡No hicimos nada! ¡Queremos un abogado!

Yo no hablaba, por dos motivos: uno, para que no se me fuera la cara de terror, que me había salido perfecta, con los ojos como huevos duros, la boca entreabierta con un hilo de baba que me chorreaba por un costado y una especie de respiración agitada y con ruido, que impresionó hasta a Camila. Y dos, porque Camila gritaba tanto, que era imposible que alguien más dijera algo y los otros lo escucharan.

La mujer policía se acercó a nosotros, nos acarició la cabeza y nos habló despacito:

—No tengan miedo, chicos. Nadie los va a lastimar. Ahora, quiero que me cuenten por qué están acá, los dos solitos. ¿Sí?

Camila dejó de chillar y habló como una persona normal. Yo aproveché para cerrar la boca y limpiarme la baba con el brazo que tenía libre.

—Nos encerraron —dijo, entre hipo.

—¿Quién los encerró?

—El... el jardinero...

Volví a abrir la boca, pero esta vez se me abrió sola. Camila estaba loca. Pobre Alfredo.

—¿Y por qué los encerró? —preguntó, sorprendida, la mujer policía.

—Para que no hiciéramos lío... Dijo que nos portábamos mal...

—¡Pobrecitos! —dijo la dueña, con cara de bruja conmovida—. ¡Encerrar a dos criaturas!

—Quiero ir con mi abuelita —dijo Camila y se largó a llorar.

Si de algo estoy convencido, es de que el futuro de Camila está en el teatro. La mujer policía nos agarró de una mano a cada uno y salimos de la torre. Los dueños bajaron detrás de nosotros. Los demás nos estaban esperando para ir a la comisaría; Eulalia y mi tía, en un patrullero; Alfredo y Manuel, en otro; Lalo, custodiado por dos policías, en un tercer patrullero. A Camila y a mí nos metieron en el cuarto, con la mujer policía sentada entre los dos. Los dueños se quedaron en el palacio con Tristán, que nos siguió corriendo y ladrando hasta el portón de rejas.

Cuando llegamos a la comisaría, la mujer policía nos llevó a una oficina y nos dijo que teníamos que quedarnos ahí hasta que llamaran a nuestros padres.

—Quiero hablar con el comisario —le dije.

Me miró sorprendida.

—¿Para qué...?

—Tenemos pruebas para demostrar que Lalo es inocente.

—¿Quién es Lalo...?

—Pascual, el mayordomo. El no mató al señor Lorenzo.

Mientras tanto, Camila había sacado las barbies del bolso y había puesto los papeles y el cuaderno sobre un escritorio.

—¿Qué es todo eso?

—Las pruebas que buscaba Lalo. Las encontró Tomás en la torre —dijo Camila.

La mujer policía miró los papeles, leyó algunas páginas del cuaderno y salió corriendo de la oficina.

—No se muevan de acá —dijo, antes de salir.

Volvió enseguida con otros dos policías, uno joven y otro mayor, que se notaba

que era el jefe de todos. El joven fue directo al escritorio y se puso a revisar los papeles. El otro se sentó frente a nosotros.

—Chicos, éste es el comisario —dijo la mujer policía—. Ustedes querían hablar con él, ¿no es cierto? Bueno, aquí está...

Entonces hablamos. Empecé yo, siguió Camila, seguí yo. A veces nos interrumpían para hacernos alguna pregunta, pero poco. Creo que no nos olvidamos de nada. Cuando terminamos, el policía joven se acercó al comisario, con varios papeles en la mano.

—En este documento dice que el señor Medina iba a donar tanto la casa como toda su fortuna a una fundación para los chicos de la calle. Y la donación se iba a hacer efectiva tres días después de que lo asesinaron.

—Pero es obvio —dije—. ¿Cómo no se dan cuenta? Lo mataron los sobrinos para quedarse con todo. ¿Qué esperan para soltar a Lalo?

El comisario me miró muy serio y no me contestó. Yo le iba a explicar que sé muchas cosas de crímenes porque leo novelas de detectives, pero no me dejó. Se levantó de un salto y le dijo al policía joven:

—Lleve esos papeles a mi oficina. Quiero hablar con todo el personal doméstico de la casa, ya mismo. Que me los lleven de a uno, por favor. Traigan a los Andreotti y busquen al abogado y al escribano responsables de esos documentos.

Se fueron los dos casi corriendo y Camila y yo volvimos a quedarnos solos con la mujer policía. De golpe, me sentí raro y no sabía por qué. Pensé que por suerte todo se estaba aclarando y que al fin Lalo iba a poder demostrar su inocencia. Si las cosas estaban bien, ¿por qué me sentía raro? Hice un repaso mental de todos los acontecimientos del día y miré el reloj que estaba en la pared: la una y media. De golpe sentí un vacío, como si me faltara algo. ¿La una y media? Era la hora del almuerzo y yo ni siquiera había desayunado. ¡La primera vez en mi vida que me pasaba algo así!

Anochecer de un día agitado

Estuvimos todo el día en la comisaría. Antes de las dos de la tarde llegaron mi papá, mi mamá, mis hermanas, mi abuela, mi tía, los padres de Camila, el hermanito, tres tíos y un vecino. Después de que los grandes hablaron con el comisario, nos dejaron salir a almorzar. Menos mal. Fuimos todos juntos a una parrilla que quedaba cerca de la comisaría. Yo estaba tan débil, que casi me muero por el camino. Una vez leí un libro que contaba la historia de un naufrago. Una de las cosas que más me impresionaron fue que cuando lo rescataron, al pobre hombre no le dieron nada de comer. Parece que hace mal. Tampoco hay que tomar agua de golpe. Todo tiene que hacerse de a poquito; un sorbito de agua como para mojar la lengua; a las tres horas una miguita de pan, cosas así. Yo pensé que conmigo iban a hacer lo mismo; pero no. Me dejaron comer de todo; menos mal.

Cuando volvimos a la comisaría, mi tía, Eulalia, Alfredo y Manuel ya estaban en libertad. El comisario les dijo que podían volver al palacio y quedarse ahí hasta ver cómo se resolvían las cosas. Los sobrinos del señor Lorenzo, en cambio, iban a quedar detenidos. Resulta que ahora, al ser sospechosos, a la policía se le ocurrió revisar su coartada de la noche del crimen y descubrieron que era falsa. Además, los investigaron bien y parece que hace algunos años habían estado presos en Mendoza por estafadores.

Ahora, yo digo una cosa, ¿por qué no los investigaron antes? Me parece que los policías tendrían que leer novelas de detectives para aprender un poco.

—Y en cuanto al mayordomo —dijo, al fin, el comisario—, lo más seguro es que mañana mismo recupere la libertad.

Camila y yo convencimos a nuestros padres para que nos dejaran volver al palacio y quedarnos unos días más. Que sí, que no, al final nos dejaron.

Fue lindo volver. Tristán nos estaba esperando, pegado a las rejas del portón de entrada. Ladraba, aullaba, movía la cola, nos daba lengüetazos; creo que era el perro más contento del mundo. Nosotros también estábamos contentos; nos quedamos un rato largo en la cocina, charlando de las cosas que habían pasado. Después, Camila y yo nos fuimos a la piletta con Tristán.

—¿Quién le habrá dicho a la policía que Lalo estaba escondido acá? —dijo Camila.

—Mi tía me contó que fue un vecino del pueblo; dice que lo vieron muchas veces espiando alrededor del palacio.

—Yo al principio sospeché de Manuel, pero como después apareció con la camioneta y también se lo llevaron preso, me di cuenta de que tenía que ser otro.

—Yo no sospeché de él. No será muy simpático, pero cara de traidor no tiene.

Nos quedamos en la pileta casi hasta que oscureció. Hacía calor. Me gusta cuando el sol empieza a bajar y quedan unos resplandores flotando en la superficie del agua, que van desapareciendo despacio, despacio, hasta que de golpe ya no están más y sólo hay una sombra larga y espesa que tiembla en el agua y la enfría y entonces ya es hora de salir, porque si no, el que se enfría y empieza a temblar es uno.

Cuando volvimos a la cocina, los grandes seguían charlando; tomaban mate, se reían. Había un olorcito rico a salsa de tomates y cebolla frita, orégano y albahaca, masa con levadura...

—¡Pizza! —grité—. ¡Eulalia está haciendo pizza! ¡Me muero de hambre!

—Vamos a esperar un poco para comer —dijo Eulalia.

—¿Esperar qué?

—Tengo un presentimiento —dijo, con cara de misterio.

—¿Qué presentimiento?

—No te lo voy a decir.

—Pero yo tengo hambre...

—Vamos a hacer una cosa. Esperamos media hora, si no pasa nada, comemos.

—¿Y qué tiene que pasar? —preguntó Camila.

—No te lo voy a decir, es un presentimiento —insistió Eulalia, mientras metía una pizza en el horno.

Los demás no decían nada, pero se miraban entre ellos, sonriendo. Un rato después, justo cuando Eulalia abrió el horno para sacar la pizza, se oyó una sirena.

—¡Ahí está! —gritó—. ¡Mi presentimiento! —y salió corriendo de la cocina.

Nosotros corrimos detrás. El primero en llegar al portón fue Tristán. Un patrullero estaba estacionado afuera con la luz del techo encendida, ésa que da vueltas como la luz de un faro. La sirena ya no sonaba. Lalo estaba parado al lado del patrullero, despidiéndose del policía. Tristán se le tiró encima, moviendo la cola.

—Bueno —dijo, mirándonos a todos, mientras acariciaba a Tristán—, otra vez en casa.

Primero abrazó a los grandes, uno por uno. A Camila y a mí nos dejó para el final. Nos puso una mano en la espalda y nos retuvo un rato a los dos juntos, contra su pecho.

—Mi libertad se la debo a ustedes, chicos —nos dijo—. Gracias.

La luz del farol de la entrada le hacía brillar la pelada y los ojos. Aunque, mirándolo bien, los ojos no le brillaban sólo por la luz.

—¡Bueno! —gritó Eulalia—. Si están todos de acuerdo, ¡a comer!

Corrimos a la cocina. Otra vez, Tristán fue el primero en llegar. El olor a orégano y albahaca y levadura salía por la ventana y se mezclaba con los olores de la noche. Antes de entrar, miré el cielo; estaba lleno de estrellas y con una luna gorda encima de los árboles. Seguro que mañana va a hacer mucho calor, pensé. Nos vamos a pasar todo el día en la pileta.





NORMA HUIDOBRO. (1949 en Lanús, provincia de Buenos Aires). Es profesora en Letras y trabaja de correctora de libros. Ha obtenido importantes premios y tiene publicados, entre otros libros, *¿Quién conoce a Greta Garbo?* y *El sospechoso viste de negro*.